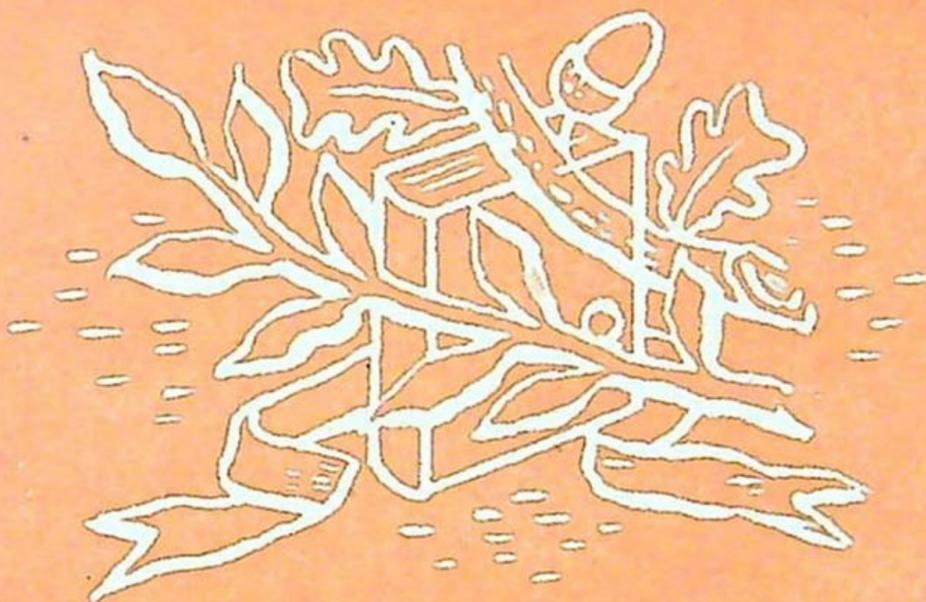


CURSOS

Y

CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES



DESPLEGADO

SUMARIO

•

LUIS REISSIG: Algunas observaciones de un viaje por América: I. La vida cotidiana, estudiantil y de familia; el problema del negro, la política. II. La educación de obreros, de adultos y de la vida colectiva en los Estados Unidos. — RENATA DONGHI HALPERIN: Nuestra América y su vocero: José Martí. — JUAN CARLOS GHIANO: Algunos temas lugonianos. — LOS LIBROS. — Renato Treves: Los estudios filosóficos en la Argentina en el último decenio. — Índice del volumen XXX de "Cursos y Conferencias".



A Ñ O X V

Volumen XXX

Núm. 179-180

DESPLEGADO

FEBRERO - MARZO

' 1 9 4 7

Buenos Aires

CURSOS y CONFERENCIAS

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES

Aparece el 30 de cada mes

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual N.º 237.398

La revista publica las versiones taquigráficas de los cursos y conferencias que se dictan en el COLEGIO LIBRE DE ESTUDIOS SUPERIORES, **revisadas** y autorizadas por los mismos profesores, como también trabajos de señalado interés científico y cultural.

Además, en su sección de comentarios a libros y revistas, se ocupa de todo lo más significativo que aparece en la producción contemporánea. Solicita, por eso, un amplio canje, y asegura el resumen analítico de las publicaciones que se le envíen.

SUSCRIPCION ANUAL \$ 16.—

NUMERO SUELTO \$ 1.50

EXTERIOR ANUAL, 1 LIBRA ESTERLINA ó 5 DOLARES

Dirección y Administración: (domicilio provisorio)

CANGALLO 545, VI . - T. A. 35 - 7949

BUENOS AIRES — ARGENTINA

Director:
ARTURO FRONDIZI

Secretaria:
BEATRIZ MAAS

SUMARIO DEL NUMERO ANTERIOR

HIGINIO ARBO: Política paraguaya. — LUIS E. NOUSSAN LETTRY: Freud, Bergson, y el tema del ensueño. — VIDA DEL COLEGIO: Filial de Bahía Blanca. — Presentación del doctor Higinio Arbo, por Margarita Argúas. — Sobre un libro de Francisco Romero, por Danilo Cruz Vélez.

A Ñ O X V

Volumen XXX

Nros. 179 - 180

C U R S O S
Y
C O N F E R E N C I A S

FEBRERO-
M A R Z O
D E 1 9 4 7
Buenos Aires

Algunas observaciones de
un viaje por América

por LUIS REISSIG

I

LA VIDA COTIDIANA, ESTUDIANTIL Y DE FAMILIA;
EL PROBLEMA DEL NEGRO, LA POLITICA

Si en lugar de haber visitado los Estados Unidos hubiera visitado cualquier otro país de América, o cualquier otro país del mundo, no hubiera necesitado recurrir a la máquina y al papel para referir en público algo de lo que he visto. Con notas, fotografías, gráficos y buena memoria, la operación de ajuste se habría cumplido; todo lo demás hubiera estado a cargo de la inspiración frente al público, y del manejo acertado de la lengua. Pero con Estados Unidos el problema es distinto. De inmediato se presenta en el pensamiento del oyente o del lector de la América que no es Norteamérica, el problema político que encierra toda referencia a la nación que está al norte del río Grande y del Caribe. El peso político de los Estados Unidos es inmenso, y proporcionado a su peso económico, social, técnico, científico. Es un gigante que cuando da un paso, en cualquier dirección que lo dé, se siente y se ve que da un paso; y hasta puede parecer que da dos. Y como el epicentro de donde parten todas las vibraciones de estos pasos está ahí mismo, en los Estados Unidos, es comprensible que la banda del sismógrafo de los

países más próximos registren más vibraciones que las de los países más lejanos. Esto ocurre con todos los países del mundo, y ocurre en todos sentidos, en el bueno como en el malo. En unos, más en el bueno; en otros, más en el malo. Por eso no me extrañó que a mi vuelta, en México, en Guatemala, en Colombia, en Ecuador, en Perú y en Santiago de Chile y en la propia Argentina, todas las preguntas fueran dirigidas fundamentalmente a saber qué apreciación política había sacado de los hechos observados. Me pareció una curiosidad legítima, porque soy de los que piensan que todo en la vida tiene una significación política, que todo se hace con relación a un objetivo que se persigue. Pero, naturalmente, no podré contestar a todas las preguntas, porque no soy el hombre que ha visto todo y que lo sabe todo. No he sido otra cosa que un viajero de pocos meses; aunque eso sí, bastante curioso de lo que he querido ver, y responsable de lo que quiero decir.

Voy a ir exponiendo algunas de mis observaciones, guiándome por las preguntas que se me han hecho, pues eso me sirve para decir lo que el común de la gente quiere saber sin incurrir en el error de fatigarlos con lo que pocos o nadie tiene interés en conocer. Yo creo que estamos en una época en que la educación va a recobrar, poco a poco, su papel dominante en la conducción de la vida humana, y que todos los que quieran influir de verdad en el medio en que conviven, tienen que convertirse en educadores. Y creo, también, que uno de los principios de esta nueva etapa educativa es un viejo principio: educar sobre la base del conjunto de condiciones dadas por el individuo, el tiempo y el medio; educar, en definitiva, sobre la base de los problemas.

Unos de las primeras preguntas fué: “¿Cómo se come en los Estados Unidos?”. Ustedes deducirán fácilmente que esta pregunta sólo pudo ser hecha por un argentino. El argentino medio siente el orgullo de poder comer, entre otras cosas, la mejor carne del mundo. Es un hecho fácil de comprobar y hasta una verdad universalmente admitida, o por lo menos admitida por todos aquellos que han podido saborear la carne exquisita que hasta ahora comemos. No ha habido un sólo norteamericano o centro o sudamericano con el cual haya hablado, que no lo confirmara, y hasta con aspavientos en algunos casos, si se

tocaba el tema; e incluso, me daban nombres de algunas casas porteñas que yo no conocía. De modo que podemos decir que eso es muy cierto. Pero, ¿han oído ustedes decir, alguna vez, como cosa de orgullo nacional, que en los Estados Unidos se bebe en enorme cantidad la mejor leche del mundo? No traigo esto para decir que en lo que se refiere a la calidad de la leche, Estados Unidos nos mata el punto; podríamos, desde luego, tener mejor leche de la que tenemos, y con ello no quedaría resuelto lo que me interesa señalar. Lo que me interesa señalar es un problema de educación. Considero pernicioso para la educación de un pueblo el enorgullecerse de una cosa para la cual él no ha hecho casi nada. Si hay en la Argentina una explotación económica que muestra a gritos la desproporción entre su categoría universal y la contribución humana nacional, es la explotación ganadera. Haciendo pie, pues, en esta faceta de la primera pregunta: “¿cómo come el pueblo de Estados Unidos?”, anoto esta primera observación: “los Estados Unidos no cultivan con el mismo celo que tantos otros países, la exaltación de todo lo nacional.” No es que no se sientan satisfechos de sus grandes creaciones. Son sensibles, como todos los pueblos, a esas satisfacciones; pero no acostumbran a convertir una conquista efectiva en un espejismo transitorio. Es un pueblo que trabaja y organiza ininterrumpidamente. No cree que lo que hace es definitivo, sino transitorio, y que siempre es posible mejorar, transformar, hacer de raíz una cosa nueva. Creo — y lo digo sin exageración — que si mañana vieran que era posible construir una nueva nación, la construirían. Es el pueblo menos conservador de la tierra. No tiene, por suerte, sobre sus hombros las losas pesadas de tradiciones milenarias. No quiero decir que carezca de tradiciones; pero son tradiciones importadas: su religión en primer término; pero incluso su religión no ha querido ni podido interferir, al menos hasta ahora, el proceso de impulsión y transformación continua que es la característica de la vida norteamericana.

Para contestar del todo la primera pregunta de “cómo se come en los Estados Unidos” diré: a juicio del propio americano se come mal: escasean o están por las nubes muchos alimentos, como la carne o el azúcar. A juicio de un argentino cien por ciento, comedor de bifes, se pasa hambre; a juicio de otro sud o

centro americano acostumbrado a las salsas o a los picantes, la comida es desabrida. Pero a juicio de la mayoría de los pueblos del mundo — si pudieran experimentarlo —, dirían: se come satisfactoriamente. Todo es relativo. El norteamericano ha comido siempre admirablemente en calidad y cantidad, y es natural que ahora sienta la diferencia. Nosotros mismos, si se nos preguntara cómo comemos, diríamos que caro y regular; desde luego mucho peor que hace unos pocos años. Mas eso no lo ve todavía el extranjero que se desvive por los bifés.

Pero quiero referirme sobre todo, a propósito de esta pregunta, a otro aspecto de fondo de la vida americana, que vale la pena destacar: a la educación social de ese pueblo. Ha sido y es, sin disputa, el pueblo que más produce, en conjunto, incluso en alimentos; se le ha impuesto el racionamiento y lo ha cumplido, no sólo porque no se le entregaba lo que hubiera querido (obedecer por necesidad no significa educación social), sino porque consideraba una traición a la causa de la victoria y a la causa de la confianza en una decisión nacional el hacer lo contrario. Es un pueblo que cree de verdad en la educación. Y aunque no tenga todavía la educación que corresponde al papel que va a desempeñar en la vida del mundo, se entrega a ella abiertamente. A veces los métodos educativos, en un país de objetivos todavía tan diversos, se confunden con los métodos de la propaganda. Se trata de un pueblo de 141 millones de habitantes, que debe ser orientado, administrado, gobernado. De un pueblo que va creando todo al mismo tiempo, y que sin duda comete grandes errores, como tiene grandes aciertos.

Voy a cerrar mis respuestas sobre “cómo come, vive, etc., el pueblo de los Estados Unidos” — sin por ello haber agotado el tema — con una respuesta que creo compendia bien a esa clase de preguntas: es el pueblo de más alto nivel de vida económica del mundo. Lo era antes de la guerra; continúa siéndolo. No sé si lo será más adelante, pero creo que hay razones fundadas para admitir que podrá estar al nivel del pueblo más adelantado. Estas razones son: producción de tipo universal, diversificada y creciente; perfeccionamiento de su organización industrial; elevación técnica, científica y cultural hasta puntos que hoy pueden juzgarse máximos. Hay una incógnita de evidente peso político: la distribución de toda esa riqueza; si realmente se va a

mantener, entre otras cosas, el régimen de monopolios a favor de los menos, o si se va a entrar, paralelamente, en un sistema social que modifique o invierta los términos en favor de los más. Es un problema de hechos, es un proceso con sus contradicciones, que resolverá el propio pueblo americano de acuerdo a la marcha del mundo. Yo creo que el pueblo americano está elaborando sus propias condiciones para el futuro. No es pueblo que se recoja bajo el alero y que desensille hasta que aclare. Está acostumbrado a ponerse de frente a las dificultades. Lo que no sabe hoy, lo aprende mañana. Es abierto a la experiencia. Para la picardía latina puede parecer cándido, pero no tiene nada de tonto. Se aplica a las cosas con absoluta seriedad. Puede caer para un juzgador ligero, en lo ridículo, pero lo que quiere es agotar experiencias. Tiene un gran sentido de su responsabilidad en la tarea. Hasta en las cosas, al parecer, pequeñas. Una cita con un americano, por ejemplo, si es a las tres, es a las tres, y no a las cuatro. Recuerdo que un amigo sudamericano me decía en mi viaje de vuelta: "teníamos cita aquí en Lima con un norteamericano para almorzar a las 12; un poco antes de la hora llegó y nos dijo: "debemos salir en seguida para encontrarnos con nuestro amigo, que nos estará esperando". "¿A qué hora es el almuerzo?" le preguntaron. "A las doce". Y uno del grupo, aclarado el punto, contestó: "¡Ah!, ¡bueno, pero a las doce!".

No pretendo describir al pueblo perfecto de la tierra. Se reirían de mí los propios americanos. Sólo quiero dejar constancia de algunas observaciones. Si yo quisiera guiarme solamente por una posición política determinada, tendría que desarrollar mi exposición con otro método y otro objetivo, aprobando o reprobando. No digo que eso no sea necesario, y hacen bien en hablar así los que toman posiciones fijas, pues nos ayudan a ver claro ciertos objetivos y hasta conocer bien a los que hablan y saber por qué hablan. Pero de lo que estamos realmente necesitados — si es que la humanidad aspira a concentrar sus esfuerzos en las coincidencias, de paso que se eliminan las divergencias, o se apartan las que no son sustanciales — es de conocer, comprender, tener conciencia de lo que son los que no viven en nuestra propia comunidad, sea comunidad de hechos o de creencias. Y si hay un pueblo en el mundo que se destaca por querer

saber cómo son, cómo viven los demás, es el pueblo norteamericano. Yo no creo, desde luego, que todos los norteamericanos que van a todos los rincones del mundo son ángeles del paraíso; razones de peso político y económico deciden el envío de emisarios para saber en qué tierra se pisa y cuáles son las garantías y las perspectivas presentes y futuras que se persiguen. Eso lo hace todo país en la medida de sus intereses internacionales. Pero el pueblo, en su conjunto, quiere saber. Y cada viaje que hace lo registra en su cámara o en su libreta. De mil cosas que anota o fotografía, 999 pueden no valer; pero lo que importa no es lo que averigua, sino la experiencia que recoge, y su educación al mismo tiempo para captar, groseramente si se quiere, su mundo. Nosotros preferimos captar por medio de la intuición. ¡Qué duda cabe que es un magnífico instrumento, quizás insuperable en su campo de operaciones!; pero es un instrumento individual y no social; y en esto estriba una de las grandes diferencias entre el norte y el sur. Somos los del sur, en cierto modo, un conjunto de individualidades que aceptamos cierto tipo de convivencia, por educación o por obligación. Cuando se salta de Los Angeles a México — para tomar dos puntos de la ruta aérea, que da hasta la característica del salto por la rapidez con que se pasa de un mundo a otro — lo primero que sorprende es el tipo humano. Dejemos a un lado, desde luego, el tipo humano en lo que se refiere a su alimentación, su vivienda y su vestido, pues el contraste sería tremendo. Vamos a hacer abstracción de la calidad de todo esto. Lo que se ve en México es un maravilloso conjunto de individualidades. Cada mexicano es un tipo, con una enorme fuerza representativa, verdaderas obras de arte vivas algunos. En cambio, podemos sin exageración confundir en el conjunto a unos americanos con otros, no porque sean hombres hechos a máquina — son tan humanos como todos — sino porque en los Estados Unidos el hombre no se forma y desarrolla para quedar convertido en individualidad, sino en un miembro de la comunidad. Pero no se caiga en el error de suponer que no cultiva su vocación, sus aptitudes y sus creencias; las cultiva con celo, más él considera que esto es asunto privado, y que hay también asuntos públicos, asuntos de la comunidad, y se coloca en condiciones de ocuparse de ellos y vivir para ellos.

¿Qué otras observaciones menudas pero significativas he podido hacer?

El norteamericano está desprovisto del temor al qué dirán. Comienza por revelarlo en su indumentaria: termina por confirmarlo en cada una de sus audaces construcciones. Cuando se les ve circular libremente en mangas de camisa por cualquier calle, con ropas de todos los colores y estilos, y a infinidad de mujeres con cómodos pantalones, uno se sonríe no de ellos sino de nosotros, que vivimos almidonados y envueltos por ropas absurdas, a todo lo largo de nuestro horroroso verano, o muy fruncidos y tiesos para ir a la oficina, o al restaurante, o a la conferencia o al teatro. Todo el que lo necesita, lleva a la vista del público su traje al lavadero o a la tintorería. No es sólo cuestión de falta de servicio doméstico, sino también de poco apego al qué dirán. Lo hacen sin violencia, a cualquier hora del día, sin paquetes vergonzantes. ¿Y los estudiantes? ¿Qué diferencia con nuestros muchachos, vestidos como para días de fiesta! El estudiante va con cualquier ropa cómoda, sin corbata, en mangas de camisa o con sweter, con un desaliño propio de los muchachos que tienen otros problemas que el de la elegancia; y las muchachas, con blusas cómodas y hasta con pantalones que les llegan a la rodilla. ¿Qué error de apreciación suponer que el delantal de nuestros estudiantes de la primaria y secundaria es un signo de democracia! Es simplemente un signo de uniforme. Más sentido democrático tiene el que cada cual vaya como puede o le dé la gana, sin violentar a los demás.

La vida estudiantil es, desde todo punto de vista, mucho más rica que entre los estudiantes de todos los demás países de América. Hay mayor comunidad, que facilita el desarrollo de hábitos sociales adelantados. Las agrupaciones de jóvenes, aún para motivos fútiles, son numerosas. Citaré un ejemplo: Los veteranos de la última guerra que quieren continuar sus estudios interrumpidos, o iniciarlos, tienen asiento asegurado de acuerdo a una ley especial, que además dispone se les pague una suma mensual para gastos de subsistencia, eximiéndoles del pago de la matrícula. Eso ha duplicado casi en muchos casos el número de estudiantes universitarios, que en 1940 era de un millón quinientos mil, y que según cálculos al iniciarse el

curso a fines de Setiembre llegaba a 2 millones y medio. No tengo la cifra exacta, pero puede tomarse como aproximada. La escasez de viviendas cuya construcción se paralizó durante la guerra, y el alud de nuevos estudiantes, originó problemas casi insalvables de alojamiento. Esto fué resuelto de muy diversas maneras; desde luego, con viviendas de emergencia; pero me interesa destacar algo que revela el alto grado de educación para la vida en comunidad que se ha logrado, y que hace posible que estudiantes venidos de otros países muy individualistas los acepten por ser muy propios del medio. Se trata de las casas cooperativas, alquiladas y administradas por los mismos estudiantes. No es un caso aislado y heroico; son centenares de casos. El ejemplo del cual tengo datos precisos es el siguiente: una cooperativa ocupada por 22 muchachos, cada uno trabaja 5 ó 6 horas semanales; atienden por turno los quehaceres de la casa, sin excepción alguna; lo que paga cada uno, incluyendo la casa y la comida, no llega a 6 dólares por semana. Es rigurosamente exacto. La disciplina es cordial pero sin concesiones. A la hora del almuerzo o la cena se tratan los problemas de la comunidad. Hay también otras cooperativas y fraternidades con servicio doméstico. Pero el quehacer doméstico no deprime al estudiante, aunque le quite tiempo para el estudio. Los propios comedores estudiantiles, universitarios o no, suelen estar atendidos por alumnos, que así se ayudan a costear sus estudios. En los Estados Unidos nadie se siente deprimido por un trabajo que aquí podría resultar incómodo confesar. Recuerdo el caso de un muchacho del Colegio Nacional que ocultó siempre que su padre era ascensorista. Se supo un día por casualidad. Eso ni mucho menos tiene allí importancia. Pero aquí cultivamos el sentido sonoro de la vida. La modestia resulta una cosa insípida, deslucida, casi vergonzante. En norte y sudamérica, se nos dice con toda amabilidad que somos muy afirmativos. Lo dicen, desde luego, por el timbre seco y metálico de nuestra voz, que nuestros compatriotas de tierra adentro suavizan y endulzan para fortuna nuestra, dándonos así un sentido más tierno y cordial de las cosas. Pero lo dicen también porque nos oyen decir con bastante frecuencia que tal cosa que tenemos, o tal otra, es la mejor cosa del mundo. Hay una peligrosa tendencia, ya muy acentuada, a suponer que

somos algo así como el pueblo elegido de América. Que yo sepa, el destino no nos ha señalado todavía con el dedo; seguramente ni lo ha levantado. Pude, así, comprobar, sin sorprenderme, que entre las varias preguntas que se me hicieron al volver, una de las más repetidas fué ésta: "¿Qué piensan de nosotros en los demás países de América?". Se tiene la creencia de que la Argentina es objeto de la curiosidad concentrada del continente. Es un error. El hecho de que los argentinos se ocupen de las cosas de su país, en primer término, durante los 365 ó 366 días del año, no significa que los demás países hagan lo mismo. Algunos no pensarán en nosotros ni cinco días al año; eso depende no de nuestra importancia, sino de la necesidad muy concreta que tengan de pensar en nosotros. Es también el caso nuestro para el resto del mundo. Costaría trabajo saber, por ejemplo, los días del año que la Argentina se ocupa de Jamaica; no porque Jamaica no valga en sí misma sino porque no tenemos intereses vivos en común que nos pongan recíprocamente en el calendario de los recuerdos permanentes.

¿Qué otras observaciones más?

He puesto los ojos y el oído, de preferencia, en aspectos de la vida cotidiana. Yo creo que la vida de un pueblo es, sobre todo, un largo proceso de vida cotidiana. Si considero, por ejemplo, completamente inadecuada la enseñanza de la historia en nuestro país, sobre todo en la escuela primaria, es porque la vida cotidiana argentina no asoma en ninguna de sus instancias. Aparte del juicio que podamos tener sobre la calidad de la historia descrita y de su orientación política, está el hecho de que a una edad en que todo es vida cotidiana, esta vida no existe en la historia, ni de nombre para el alumno. Yo creo que en un país que visitamos por primera vez, si queremos empezar a entenderlo no debemos dirigirnos de boca a sus cosas monumentales. Las cosas realmente monumentales o grandiosas, bellas o adefesios, son elaboraciones últimas del pensamiento o de la fuerza del mismo pueblo, y por lo tanto es necesario una penetración lenta y profunda de la vida de ese pueblo para darse cuenta bien de lo que se trata y de por qué lo ha hecho. La vida cotidiana nos ofrece, en cambio, el alimento adecuado a nuestros dientes de leche, porque fuera de nuestra estricta especialidad o preferencia, sólo tenemos para lo otro dientes de leche, y nos

alimentamos en esa primera edad de la observación con la misma fuerza con que mordemos de firme otras cosas, más adelante, cuando la vida nos abre nuevos caminos.

Creo, por lo tanto, que el patrón de medida de las condiciones sociales y económicas de un pueblo lo dan sus mercados. Reflejos más o menos pronunciados de ese patrón se tienen en sus restaurantes, en las cocinas familiares, en el cutis, en el esqueleto o la gordura de la gente, pero son reflejos parciales y muy difíciles de reunir en poco tiempo. Se tardaría años en llegar a conclusiones, si se fuera por esas ramas, y hasta es posible que en ese tiempo las condiciones hubieran variado. El mercado es la síntesis. Por eso, cuando llegué a Miami pregunté en el hotel dónde estaba el mercado. Como creyeron que tenía necesidad de comprar algo, quisieron orientarme según lo que prefería. Pero cuando les expliqué lo mejor que pude cuál era el sentido de mi pregunta, entonces me entendieron menos, no por defectos de expresión idiomática, sino por defecto de lógica. ¿Qué interés podía tener yo en ver un mercado, un "market", a no ser por la variedad y cantidad de las mercaderías? Fuí, no obstante a un mercado, no "al mercado" como podríamos decir en Sur y Centro América. Y repetí esa experiencia en todas las ciudades que visité en el recorrido hasta el límite con el Canadá y desde Nueva York a San Francisco y los Angeles. El mercado, los mercados de los Estados Unidos nos dicen que el grueso de la población media tiene acceso a todos los alimentos; la cantidad que lleva una clase social o tal o cual familia es distinta a la que lleva otra clase social u otra familia, pero no hay ningún alimento básico inaccesible. Esto ocurría también en la Argentina; pero va para algunos años que el desequilibrio se está operando. Los norteamericanos pueden carecer, por ejemplo, de azúcar, o de manteca; pero en ese caso son prácticamente todos los norteamericanos los que carecen de esos alimentos. No se da allí el caso de clases sociales que compren lo esencial y de clases sociales que contemplan cómo otras compran lo esencial. Esta es la cosa más dramática que se vive en muchísimas ciudades de centro y sudamérica, en los mismos mercados o en puestos ambulantes de venta, o en las veredas, calles o portales. Gente famélica o desnutrida vendiendo pequeñas cantidades de alimentos para poder subsistir, mientras ese mismo alimento, por

cierto insuficiente por lo uniforme, está allí bajo su vista. Por eso, cuando luego se ven los mercados centro y sudamericanos es cuando se comprende en toda su profundidad las terribles condiciones de la vida social y económica de la casi totalidad de esos pueblos: y se comprende, al mismo tiempo, el desnivel pronunciado que hay con respecto a los Estados Unidos. Los mercados norteamericanos son lugares de compra y venta, como podríamos decir, nuestro Mercado del Plata, que es representativo solamente de un término medio de la pequeña y gran burguesía porteña. Los mercados centro y sudamericanos son un núcleo de vida. Se compra y se vende, por cierto. Pero es un continuo pasar de gente de un puesto a otro en busca de la mercadería accesible al bolsillo; se palpa, se hurga, se penetra con la mirada entre la pulpa o entre las hojas, se hace toda clase de combinaciones para dar mayor categoría por la magia del fuego al alimento que se va a adquirir. El norteamericano no tiene necesidad de perder tiempo en esto: ve, compra, lo lleva a su casa, lo cocina; lo come; y se acabó; no se devana los sesos en la preparación de la comida; considera que hay cosas más útiles de que ocuparse. Sólo le interesa que haya alimentos y que sean frescos. Es, si bien se mira, una sana enseñanza. La cocina tradicional en la Argentina, de cualquier parte que haya procedido, es una comida de siervos y señores; de elaboración pesada y hasta absurda. Ata y embota. Hay que aprender a liberarse un poco de esa tiranía; eso ayuda a liberarse de otras. Pero lo más vivo y profundo en la inmensa mayoría de los mercados del sur y centro América es la suma de contrastes, desde la señora con la sirvienta hasta el harapiento que va a salto de mata, confiado en que algo comerá al fin de la jornada. Allí van no solamente el cardo y la zanahoria sino géneros y herramientas, dulces y flores, charlatanes que venden elixires, altavoces de propaganda; se instalan comedores y se venden refrescos; las vendedoras (muchas son mujeres) gastan parte de su tiempo en conversaciones con los clientes, amaman-tan a sus hijos o los ponen a resguardo en cajones. Y siempre hay una población adventicia que no ofrece nada, que se sienta en el cordón de la vereda del mercado o de las calles que en él desembocan, charlando o fumando, o comiendo alguna cosa, o mirando, como podríamos decir, el cielo. Será para mí una im-

presión imborrable la del mercado más grande de México, el de la Merced. Es una viva imagen de un zoco de otros tiempos. No era una ilusión. Yo he comprendido algo a México visitando ese Mercado. Lo he comprendido mejor que a través de sus ilustres pintores, que se han destacado sin embargo, por representar la vida del pueblo. Los magníficos frescos de Diego Rivera nos dan una imagen épica de la vida mexicana. Pero el Mercado de la Merced es algo más que una imagen épica: es una imagen integral de los surcos y de las corrientes donde germina y se desliza lo que hay en la entraña de todo un pueblo.

Es en este contacto de masa donde se percibe, por contraste, otro aspecto de la vida norteamericana: la escasez de vagos, (no hablo de desocupados por falta de trabajo) y su manera de comportarse, distinta a los otros países del continente. En las calles de Buenos Aires como en todas las ciudades que conozco de la Argentina y de América, el vago, hombre o mujer, bien o mal vestido, abunda; en unas partes, más, en otras, menos; se le ve parado, contemplativo, charlando; se le ve de mil maneras. El ocio lo deleita. Lo del poder creador del ocio es una engañifa. El ocio no crea nada. Es porque se ama poco el trabajo. No se confía en la fuerza creadora del trabajo. Los pueblos latino americanos son, todavía, de un modesto poder de creación como masa. Por eso cuando los argentinos queremos buscar una tabla de salvación en los momentos de tinieblas, volvemos la mirada a Sarmiento. Y hacemos bien. Sarmiento fué el constructor, como Lisandro de la Torre se perfiló, sobre todo en sus últimos años, como el arquitecto. El problema que hoy tiene por delante la vida nacional es proseguir la obra que ellos, entre otros, comenzaron o intuyeron. Una obra frente a la cual los establos de Augías serán perfume de rosas.

La vida familiar norteamericana, y en general la de las relaciones entre el hombre y la mujer, difieren de la vida familiar de los demás países de América. La razón es fundamentalmente económica, pero también porque actúan distintos valores educativos. La vida familiar en latino América descansa sobre la madre; pero es el padre quien suministra la base de los recursos. Podría parecer que es un equilibrio de poderes. No es ésa la conclusión, sino que los hijos crecen, en general, bajo dos dependencias, sin formarse para ir entrando por etapas en el

conocimiento práctico de la vida. Esto ocurre siempre de una manera brusca, al promediar los 18 años. No olvido, ni mucho menos, los millares de niños que comienzan una vida heroica y subhumana desde temprano; pero eso no es una rectificación, porque si los padres de esos hijos estuvieran en condiciones económicas más elevadas, harían lo mismo que los demás. Y ocurren así dos cosas: que hay una falta de entrenamiento para los problemas de la vida colectiva y de la vida individual, y que simultáneamente, el peso de la vida familiar cae sobre los espaldas de la madre. Todavía las mujeres colaboran en algo, dentro de la casa; pero el muchacho, el hombre, hijo o marido, considera algo así como una disminución de su categoría viril o de su jefatura el ocuparse de trabajos domésticos. No ignoro que hay una corriente, que ha de acentuarse, acerca de la comprensión de este grave problema de la vida familiar; pero para que realmente constituya una corriente de peso y orientadora son necesarias dos cosas: un profundo trastrueque de la economía familiar, que está en su desarrollo, y una educación para la vida colectiva — desde luego para la vida familiar — distinta a la que hasta ahora se ha cumplido. En Estados Unidos esto se ha realizado ya en buena parte, en algunos momentos abreviando etapas, pero en general de una manera progresiva. La colaboración del marido y de los hijos en el cuidado del hogar, no es solamente por una falta de servicio doméstico, aunque es muy cierto que esta falta, absoluta en muchos casos, ha obligado a que todos hagan de todo. Pero yo, que he vivido en la Argentina, casi siempre en barrios de clase media o de obreros, he podido observar largamente el total o casi total abandono que hacen de la casa chicos y grandes. Yo he visto, durante muchos años, a los muchachos del barrio, en las calles, a cualquier hora, jugando a cualquier cosa, y en los ratos de ocio, al padre de familia, sentado en el umbral de la puerta, o en la cantina, o en la cancha de bochas. Años perdidos, vidas perdidas, realmente. Es un problema pavoroso, del que todavía el país no tiene conciencia cabal.

En los Estados Unidos la mujer es muy respetada como ente social y humano; de igual a igual la considera el hombre en sus relaciones; y hasta es evidente que en muchos aspectos supera al hombre mismo, por su mayor agilidad e intui-

ción. Es una intuición reposada, pero profunda. El hombre mismo lo comprende y siente orgullo de su compañera. Aunque cargara con todo o casi todo el trabajo, nunca sería la fregona de la casa. La mujer opina y actúa. No hay que confundir esto con la mujer unilateral, que se considera mujer independizada por el hecho de abandonar la atención del hogar — atención en la cual cada uno tiene su parte, no de servidumbre de uno — para ocuparse de una actividad determinada, profesional, intelectual, política, etc. De esa manera no se hace más que pasar de una esclavitud a otra. El desarrollo debe tender siempre a lo integral. En casos muy excepcionales puede ser comprensible y deseable, pero la humanidad no se forma y crece por un conjunto de casos excepcionales, sino de casos vulgares. La vulgaridad, entendida en su sano y correcto sentido, es siempre la norma.

Otra observación que ha sido recogida por muchos pero que deseo volver a señalar, es que el norteamericano es un pueblo pleno de vitalidad. Difiere bastante ésta de la latino americana, que es de tipo sensual, muy interior y hasta íntima. La vitalidad norteamericana se expresa más bien en una interrelación con su propio medio, en el cual están comprendidos sus semejantes y todas las cosas con las cuales puede establecer contacto. Tenemos, pues, como pueblos, una vitalidad distinta, y por supuesto nos aferramos a valores diversos. Por eso es de beneficio recíproco el contacto entre lo que se dice "ellos y nosotros". Nos necesitamos recíprocamente. Yo creo que es muy importante multiplicar los contactos con todos los pueblos, y miro, por supuesto, con inmensa simpatía a nuestros hermanos de sur y centro América, pero no participo de la tesis de que entre los norteamericanos y los demás pueblos de América haya que mantener la fisura. No creo en las ventajas para la humanidad, y menos para América, de los bloques culturales, aunque sí creo que hay que desarrollar todas las unidades culturales posibles, pero sólo como una contribución al progreso general y particular del hombre y de la sociedad. Para concretar mi pensamiento sobre esto, diría: sin perjuicio de colaborar estrechamente los latino americanos para dar la más amplia expresión a nuestros pueblos, simultáneamente desarrollar y multiplicar los contactos con el pueblo de los Estados Unidos. Nada de

bloques culturales, pero sí desarrollo de unidades culturales nacionales que nos lleven a objetivos que todos consideremos comunes.

El mayor grado de sensualidad en la vida latino americana con relación a la del pueblo de los Estados Unidos se nota inclusive en lo que se refiere a la muerte. Bastaría observar en nuestro país a aquellas familias o poblaciones que se vuelcan de verdad en el hecho de la muerte, que se funden en todas sus crisis y sus espasmos — característica del sensualismo —. Y la comprobación sube de tono cuando llegamos al corazón de los pueblos que conservan más esas tradiciones sensualistas. El velatorio, el pésame, las visitas durante semanas para hablar del muerto. En los Estados Unidos no se cultiva esto. Se prefiere — salvo, claro está, los parientes verdaderamente interesados —, el concretarse en la visita a un apretón de manos: "How are you?" ("¿cómo está usted?"). Un amigo argentino que hace años reside en San Francisco, en California, me decía: "Aquí no se habla nunca del terremoto de 1907, que ocasionó muchas más muertes de las que se admiten oficialmente; en todo caso se alude, muy obligadamente, al incendio, que fué una de sus consecuencias". El norteamericano rehuye el recuerdo de la muerte. No paladea lo macabro. En cambio, un napolitano, por ejemplo, mostraría hasta con orgullo las llagas de la lava del Vesubio sobre su propia tierra. Mientras uno sublimiza el espectáculo de la muerte, el otro prefiere reducir al mínimo el campo de operaciones de ésta.

Este factor importante de los diferentes niveles de sensualidad ha reforzado otras condiciones, desde luego las económicas y sociales, que separan al negro del blanco en los Estados Unidos. El negro llega a América como mercancía y vive como mercancía hasta que se le permite — sobre todo después de la guerra de secesión — ocupar algunos escaños de la comunidad. Donde llega más alto es en el norte; donde todavía toca fondo es en el sur. Como todo ser vivo, no deja de influir en el medio, y después de haber penetrado por mil vericuetos, aflora en las expresiones más profundas del alma americana, como en la música. La música norteamericana nace de las propias vísceras del alma negra, podríamos decir; lo único nuevo es la matemática que la coordina y la sistematiza. Pero entre el negro y el

blanco la separación se conserva absoluta, en el norte como en el sur, en el este como en el oeste. Al sur del río Potomac —que está a un paso del Capitolio de Wáshington—, comienza visualmente la separación más cruda, que además está inscripta en los propios bancos de las estaciones y en sus salas de espera (white-colored: para blancos y para negros) y que se cumple religiosamente en sinnúmero de lugares. Pero al norte del Potomac y en toda la nación, aunque el blanco y el negro viven y trabajan realmente juntos, nunca están realmente unidos; es muy raro dar con la cosa íntima en común, como el hijo. Pueden vivir juntos, pero el contacto es superficial. Y eso no podrá ser resuelto solamente con la igualdad económica, social y política del negro y del blanco, con ser esto muy importante. La comunidad de fondo es siempre una comunidad de valores morales, que no quiere decir valores superiores e inferiores, sino distintos. Entre el blanco y el negro norteamericanos no hay apetencia recíproca por la disparidad de valores morales —valores distintos solamente—, entre ellos el valor sensual. Esta disparidad no la hubo entre el blanco y el negro brasileños, si bien favorecido esto por la escasez de mujer blanca. Que el negro pueda ingresar a la “universidad blanca” o que el blanco baile el jazz, no indica absolutamente nada en materia de comunidad de valores. Yo creo que para que exista una comunidad real entre el negro y el blanco va a ser necesaria una corriente inmigratoria intermedia que tenga resuelto ya el problema del mestizaje y sirva de escala entre los dos extremos, hoy irreductibles. De lo contrario —y acaso puedan preferirlo los propios norteamericanos blancos— subsistirán los dos grupos, ajenos substancialmente uno al otro. Un camino que los mismos americanos repudian, es el que preconiza Mr. Bilbo, campeón político antinegro del sur: colgar a todos los negros. Yo creo que Mr. Bilbo no encontraría tantos árboles. Y colgar por colgar, podría tocarle a él o a su teoría.

Sólo el negro constituye un verdadero problema en la vida de los Estados Unidos, nada fácil de resolver, ni aún con la legislación más avanzada. Los demás grupos nacionales o raciales plantean problemas mucho menos importantes, o no plantean ninguno. Los Estados Unidos son el exponente del país más universal de la tierra y su porvenir mundial depende de

que continúe siéndolo. Su cerebro, Nueva York, tiene una cuarta parte de población extranjera, y es visitada en el término de tres años por un número de personas igual al número de habitantes de toda la Nación. Es Nueva York, a la vez, la antena del mundo. El papel económico de los Estados Unidos es, incuestionablemente, el de más alto valor internacional hoy en día; por eso interesa a todos, sobremanera el curso de su vida política. Ninguna elección despierta internacionalmente, desde la primera guerra mundial, el interés de la de los Estados Unidos. En la última reelección de Roosevelt se tenía aquí la impresión de que no habían votado solamente los norteamericanos, a favor o en contra, sino buena parte de todo el mundo. La última elección, que ha dado el triunfo a los republicanos, y que sin duda ha tenido ya grandes repercusiones internacionales, muchas de las cuales todavía ignoramos, aviva el interés en los Estados Unidos de quienes vienen trabajando la idea de la formación de un tercer partido. Es sabido que ni el partido republicano ni el demócrata constituyen en sí, cada uno, un todo homogéneo. En las dos partes hay conservadores, reaccionarios y liberales. Allí se dice liberal al que pertenece a un sector de centro izquierda; progresista al que más bien se inclina al socialismo; y radical, al comunista o extremista. El sector que se ha llevado el triunfo es el de derecha, al que apoyan las grandes empresas industriales, enemigas acérrimas de todo contralor en los precios, partidaria del "free enterprise", es decir de manos libres para los negocios, y de lo que se llama "libertad de iniciativa". La industria sabe muy bien que tiene que hacer frente en un futuro, a competencias internacionales; quiere prepararse eliminando toda clase de dificultades o trabas internas, como ser el contralor en la comercialización de sus productos, etc.; y sabe que el camino más seguro es tener influencia preponderante en el propio Estado. Este secreto no lo han descubierto ni pretenden haberlo descubierto los norteamericanos: es tan viejo como el mundo.

Dentro, pues, de los cuadros actuales de la política norteamericana, lo que se llama el turno de los partidos se suele juzgar como una cosa fatal y hasta saludable. Al menos así opinan muchos sinceros demócratas. Hasta se ha dicho que el pueblo se ha decidido esta vez por los republicanos para variar

de elenco, hartos del mismo equipo de hombres, o de los controles. Yo creo que hay muchas probabilidades de que los republicanos mantengan esa ventaja, que podría llevarlos a la conquista de la próxima presidencia, pues interpretan en el orden internacional, la política de mantenerse alertas, o firmes — según el matiz verbal que se prefiera —, por la que ya se ha decidido la misma mayoría que le ha dado el voto. Es evidente sin embargo, que se va formando y creciendo una corriente de opinión que quiere una nueva política que asegure sobre nuevas bases populares la prosperidad interna, y la más amplia y pacífica cooperación internacional. La formación de un tercer partido se plantea hasta ahora sobre la base de las alas liberales de los partidos republicano y demócrata, y con la cooperación de los sectores liberales y progresistas independientes. Hasta ahora no ha pasado de ser una tentativa teórica. Un partido que realmente aspire a decidir o a influir casi decisivamente en los Estados Unidos, como en cualquier país del mundo, sólo puede asentarse hoy en día sobre una fuerte y amplia base obrera. Los liberales y progresistas pueden abrir camino a la acción de esa masa, y permanecer dentro de ella o junto a ella; pero es la masa obrera la única que puede fijar esa decisión. Por eso las miradas se han vuelto más de una vez en los Estados Unidos a la central obrera conocida por la sigla de CIO (Congreso de Organizaciones Industriales). ¿Qué es el Congreso de Organizaciones Industriales? Es la segunda central obrera en número de adherentes: 6 millones contra 7 que tiene la Federación Americana del Trabajo. La CIO constituye el sector de mayor inquietud política, e incluso tiene un órgano especial, que es el Comité de Acción Política, el PAC, como también se le llama. La Federación se ha distinguido por su "apoliticismo", y en cambio la CIO ha tomado francamente partido en dos ocasiones a favor de Roosevelt, decidiendo con sus votos y con su acción perseverante la elección difícil o dudosa. La CIO se constituyó en noviembre de 1935, hace ahora justamente 11 años; no surgió de la noche a la mañana, sino como fruto de un largo proceso previo. En 1929 se produce, como ustedes saben, la gran crisis. El ingreso nacional, que en ese momento era de 83 billones de dólares, comienza a descender hasta llegar a los cuarenta billones en 1932; y el número de desocupados llega a la cifra in-

quietante de 15 millones. La nación entera comienza a tener conciencia del significado y contenido de la crisis. Una mayoría abrumadora lleva entonces a la Casa Blanca a Roosevelt. Al año siguiente se implanta el New Deal, que es precisamente lo que acaba de caer con el reciente triunfo republicano. Se trata, como ustedes ven, de todo un proceso económico, social y político de profundas raíces y de grandes consecuencias. La nueva etapa política que inicia Roosevelt permitió una amplia organización obrera, y dió pie para que el campo obrero completara su acción sindical con la acción política, que sin convertir ni embanderar a las organizaciones en partidos, les permitiera actuar para favorecer el triunfo de los partidos que mejor representaran los intereses de la nación y de la clase obrera. Dentro de esos principios, es la CIO la que decide al año siguiente de su constitución, en 1936, la reelección de Roosevelt y de legisladores y gobernadores progresistas. El New Deal, con todas sus imperfecciones, constituyó, sin embargo, dentro del cuadro de la realidad social y económica norteamericana, una avanzada progresista de toda la política nacional, y Franklin Delano Roosevelt pasará a la historia del mundo nuevo como un gran piloto de ruta en la vida de América.

El problema de la paz o la guerra es la única nota sombría en la vida de ese gran pueblo. Pese a lo que pueda significar para él el enorme poderío de la bomba atómica, pese a su recelo por no poder ver o no entender con claridad los objetivos políticos concretos de otros países, pese a que casi todo el periodismo le presenta diariamente el panorama político del mundo con subidos tonos de gris, el pueblo americano mantiene su corazón firme; y espera. Espera que lo que se anuncia como guerra posible no pase de una pesadilla; pues el pueblo americano no ha sido educado para la muerte ni para la guerra, sino para la felicidad y para la paz.

Recuerdo un párrafo de la carta de un amigo argentino que vive en Norte América: "El chófer del taxi en que viajo — me dice — está escuchando los resultados de la experiencia de la bomba atómica de Bikini. Nos encontramos a 57 kilómetros de Detroit. Sin que medie conversación previa alguna, comenta: "dentro de poco tendremos que mudarnos de aquí, pues estamos muy cerca de Detroit y una bomba atómica tendrá que caer

aquí". Su seguridad me deja pasmado. Dejo que siga hablando para no interferir en sus comentarios. Sigue diciendo que la guerra es casi inevitable. Por si no comprendo, al final, y como cosa sobreentendida, aclara que la guerra será con Rusia. Desde luego — termina diciendo — sería una desgracia y no deseamos esa desgracia".

Es muy cierto: ningún pueblo del mundo desea esa desgracia.

Los Estados Unidos constituyen como es sabido una parte fundamental en la vida del mundo. Por eso sus riquezas, su capacidad de creación y su organización, su ciencia, su técnica y su cultura, sus problemas y sus soluciones, el rumbo de su economía, de su regimen social y de su política interesan a todos, sobremanera. Nadie lo ignora y es cuerdo no desdeñarlo. Todo pueblo necesita ensanchar mucho su conocimiento del mundo. Los pueblos son nacionales en la medida que saben desarrollar su pensamiento como pueblo, a la par que su riqueza, su nivel de vida, sus costumbres y su cultura. Pero su desarrollo integral depende de su ajuste en la vida internacional. No es cuestión de tamaño, sino de ajuste a normas de la convivencia internacional.

A ningún ciudadano de América puede dejar indiferente el gran peso internacional de los Estados Unidos y su participación decisiva en la operación de ajuste que será forzoso llevar adelante. Tampoco puede a ninguno dejar indiferente la inmensa capacidad de construcción que posee y cumple. Recuerdo muy bien el viaje que hice hace poco con mi hijo, de Este a Oeste, en la ruta Washington - San Francisco. Salimos de Washington en el tren a medianoche. Habíamos dejado algo entreabiertas las cortinas para poder despertarnos a la hora del sol. A esa hora recorríamos ya el estado de Pensilvania. Ni él ni yo nos movimos durante largo rato de nuestros lechos. No queríamos perder nada de lo que nuestros ojos percibían. Nos lo confesamos luego, espontáneamente. No era nada del otro mundo. Era sólo cosa de los hombres. Era una sucesión de fábricas y fábricas, puentes y más puentes, vías, cruces, caminos. Entre el humo de todos colores según la clase de factoría, los edificios, las chimeneas y los tubos de las más extrañas formas, parecían la pesadilla de un mundo imaginario, como esos esquemas arbitrarios de las

ciudades del año 2000, que veíamos dibujados en las revistas anteriores a la primera guerra mundial. Y a ras de la tierra, en lagunas, la escoria de la combustión completaba el cuadro casi irreal con múltiples y ligeros copos de humo que parecían emerger del agua. Sólo el ver esto basta para revelar la inmensa capacidad de producción, la segura capacidad de creación que vive en ese pueblo. Sólo el ver Times Square, que es el cruce de la séptima Avenida, Broadway y la calle 42; sólo el dar la vuelta completa a la isla de Manhattan, donde está el corazón de lo que se llama la Gran Nueva York; o recorrer el puerto, basta para asegurar y reasegurar esa misma convicción. Pero no es por esta capacidad casi ilimitada de producción por lo que me detengo. No pasaría del asombro de un viajero neófito, que no hubiera visto otra cosa que los barrios fabriles de Avellaneda; y ese asombro se disiparía como el humo de las fábricas gigantescas de Pensilvania. Lo que me hace golpear la imaginación o el recuerdo es el aspecto educativo que encierra esa magnífica lección de perseverancia y de fuerza; que sé bien que no es exclusiva del pueblo norteamericano, que sé bien que encierra problemas sociales y políticos de enorme significación para el hombre, pero que sé también que han dado a todos los pueblos de la tierra, sin excluir a ninguno, el ritmo de la vida económica contemporánea. Allí, entre el enjambre de fábricas, en el campo, en el subsuelo, en los ríos y en la costa de los mares que la circundan; allí, entre luchas y contradicciones ha nacido el primer nuevo modo de vivir de la edad moderna. No es el único modo, ni será el último, ni tampoco se vanagloria de ser el más perfecto; el americano lo considera simplemente útil y cómodo, porque ese modo de vivir ha estado orientado, esencialmente, a dar al hombre la salud, la comodidad, el placer, la alegría que él busca, que necesita para continuar viviendo.

Un viaje hecho con un poco de atención es siempre algo más que un viaje. Un viaje por América, aunque no se vaya a todas partes, siempre que se toquen puntos característicos, equivale en verdad a un viaje por América. Los argentinos necesitamos ensanchar bastante nuestro conocimiento del mundo. Los pueblos que más han progresado han sido siempre los más internacionales en su captación de todos los adelantos y de todos los conocimientos. Un gran pueblo nacional es a la vez un gran

pueblo internacional. Hay que aprender muy bien esta verdad y esta lección, que siempre han dado los pueblos más extraordinarios de la historia. Se vive en un mundo interdependiente e indivisible. Contrariar esta ley equivale a querer reducir la tierra al tamaño de una avellana. Cumplir esta ley equivale, por ejemplo para nosotros, proseguir el camino de Mayo, cuyo último gran representante fué el grande e ilustre don Domingo Faustino Sarmiento.

II

LA EDUCACION DE OBREROS, DE ADULTOS Y DE LA VIDA COLECTIVA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Como hace ya años que me preocupa el problema de la educación del pueblo, cuando se me presentó de improviso la ocasión de visitar los Estados Unidos, mi primer pensamiento fué el de agregar ese problema en un lugar de preferencia en mi maleta de viaje. No tuve tiempo de preparar aquí mi itinerario, ni sabía a quién dirigirme, ni los últimos libros americanos de verdadero valor para consultar. Tenía una idea, un problema, un esquema y un objetivo; pero desconocía materialmente el campo que iba a recorrer. Acaso esa fué mi salvación, porque fuí sin ningún preconcepto, con ánimo franco de ver y escuchar, y sin ocurrírseme siquiera que como balance debía copiar al pie de la letra lo mejor con que me topara. Me costó mucho trabajo orientarme; sin duda dejé de ver cosas, instituciones y personas de verdadero interés, en algunos casos porque mi estadía coincidió con las vacaciones, y en otros, porque quienes me iban informando tenían en ese momento en su memoria ciertas lagunas; lo que es muy explicable, pues en Estados Unidos todo adquiere de inmediato la categoría de

inmenso; y no es nada fácil dominar desde un punto el campo completo de operaciones. Esto, desde luego, sin contar los juicios y prejuicios personales, los criterios de escuela, etc., que existen como en todas partes del mundo. Pero como el americano es tan abierto y cordial a la información y a la conversación de fines concretos, me atrevo a creer que por lo menos tengo un croquis, o un pequeño mapa como para no perderme. No he podido, pues, en un viaje de tres meses traerles todas las especies de peces de un mar, del que apenas he rozado la superficie. Pero les traigo, en mi pequeño equipaje, unas cuantas preguntas y dudas. Yo creo que es muy sano para el hombre y para los pueblos, el tener preguntas y dudas. Yo creo en el método socrático, como creo también en la dialéctica. Nunca se me ocurre que alguien posea la verdad absoluta. Muy distinto es participar de creencias muy firmes y utilizarlas más bien como punto seguro de partida, como comienzo de una acción, e ir con ellas hasta donde la contradicción evidente demuestre que ha comenzado una nueva parte del proceso, Porque no es cuestión de decir sí a la dialéctica y hacer actuar el pensamiento y la vida de manera no dialéctica. O se es una unidad o no se es realmente nada. O se vive en un proceso continuo o uno se convierte en meros episodios. La vida humana, la indestructible vida humana vale sólo porque es una continuidad, un proceso, con sus crisis y con sus contradicciones.

En los Estados Unidos la educación ha ocupado un lugar muy importante. 21 millones de niños asisten a las escuelas elementales; alrededor de 8 millones a las secundarias y casi 2 millones y medio a las superiores. Es decir que entre las tres etapas educativas concurren simultáneamente una cantidad de niños y jóvenes de ambos sexos que equivalen aproximadamente al 25 % de la población total. Creo que es una cifra que tiene su importancia. No he podido saber la cantidad de hombres y mujeres que asisten regularmente a los cursos de adultos y de obreros; ni tampoco de los concurrentes a millares de organizaciones culturales, técnicas, etc., que funcionan en todo el país, que no están incluidas en las escuelas antedichas. De hacerse una estadística precisa, estoy seguro que la suma sería impresionante. No digo que en otros países no haya el mismo empuje en masa a favor de la ciencia y la cultura;

pero de todos modos el ejemplo que ofrece en ese sentido desde largos años los Estados Unidos es un alto ejemplo para toda la humanidad.

Mi primera observación fué, pues, que el pueblo norteamericano ha considerado siempre a la educación como un problema fundamental de su vida, y no solamente como un modo de disminuir o eliminar el número de analfabetos, o de preparar profesionales, técnicos, investigadores, etc. Por cierto que fué ésta su principal preocupación dentro del objetivo que se había fijado, pero este objetivo — y es lo esencial — era y es utilizar y explotar lo mejor posible todas las riquezas nacionales, al paso que dotar al país de todas las mejoras y adelantos que hicieran la vida más sana, comfortable, próspera y sonriente. Comprendo que éste no sea el desideratum de toda educación — a mi juicio es sólo un aspecto muy parcial de una educación para la convivencia feliz — pero comprendo también que los pueblos tienen la educación que corresponde a su política; y si la política general de un pueblo, de una nación, es la de fijarse como meta la prosperidad, la salud, el confort y la sonrisa, su educación no puede hacer cosa distinta. La política educativa es indivisible de la política que rige toda una vida nacional.

Este seguro instrumento — que no me cansaré de recomendar — de entender toda educación a través de su política, fué mi mejor brújula. Como dije anteriormente, desconocía de verdad el campo material que iba a recorrer, pero tenía la brújula; y ella me fué sirviendo punto por punto. Después de haber conversado cuidadosamente varias horas durante varios días con funcionarios y profesores, me decidí por averiguar lo que pudiera dentro del campo de la educación de adultos y obreros. ¿Por qué no escogí el campo universitario, tan lleno de experiencias científicas, culturales, técnicas, que reúne un vasto plantel de profesores que pueden competir con los mejores del mundo? Porque el campo universitario es todavía un campo poco fértil para proveer de hombres y de orientaciones en los que deba apreciarse algo más que la piel política, el sabor y color político, sino también, la estructura política de una educación, que es lo que realmente cuenta. El campo universitario ha vivido encajado en un lugar recogido del vasto edificio de la vida nacional, ha tenido poco contacto con la fuente de

los problemas que esa vida plantea, y el que ha tenido se ha limitado al abastecimiento de las técnicas y de los técnicos, al trabajo de estadística o de cálculo, al ordenamiento o sistematización de un cuerpo de ideas que le han sido dadas. La Universidad, como tal, sabe muy poco de lo que pasa en el pueblo, está muy alejada del pueblo, y por ello no es ni su orientador ni su maestra.

Este hecho, que seguramente es casi universal, y que he podido apreciar y vivir aquí en la Argentina, avivó más mi interés por saber cómo se cumplía la educación de adultos y de obreros en los Estados Unidos. Pero dentro de mi objetivo había, sin ninguna duda, un gran campo de observación que no estaba en los índices de los funcionarios y de los profesores, que no estaba en ningún índice, y que sin embargo es uno de los campos más ricos en variedad y cantidad: el campo de la vida cotidiana. Soy de los que creen que siempre enseña más la calle que la escuela, el conflicto vivo que el libro, el examen directo y político de los problemas que la especulación abstracta de los problemas, y desde luego la filosofía de la vida como hecho más que la filosofía como lectura o como concepto.

Durante mi viaje, siempre que pude me acerqué a todo lo que pude. No desdeñé ni las briznas, cuando pasaba junto a ellas. Yo creo en la enorme riqueza de las vidas humildes. En mis largos años de profesión he podido ratificarlo. Cuando después de años de miserias y de penurias llegaba a mi oficina el matrimonio, casi siempre español o italiano, a hacer la escritura de su casita, ¡qué drama largo e intenso había transcurrido mientras! Y en aquellas manos torpes y deformadas, que apenas podían tomar la lapicera, o que sumisamente se ofrecían para grabar sobre el papel la huella del pulgar, como testimonio indeleble de haber vivido en un estrecho margen del mundo, en aquellas manos, digo, estaba, con todas sus arrugas, una historia, una política, una economía, un régimen social, y un régimen de educación — consecuencia de todo lo otro —. La mano, que había sido el órgano por el cual el hombre había iniciado su liberación y su dominio, estaba allí, caída, encogida, vacilante, torpe; muerta, casi.

Fuí, pues, con el espíritu ampliamente abierto hacia la vida cotidiana. Percibí, así, muy pronto, la sencilla cordiali-

dad de la gente, que luego fuí corroborando en todas las ciudades de mi largo recorrido. Sólo Nueva York, en ciertas calles y a ciertas horas se muestra un poco ogro, o en todo caso indiferente. No hay que confundir esta cordialidad por ejemplo, con el gusto, muy gentil, del español en Madrid, por acompañar varias cuadras y acaso todo el día, a quien sólo le pregunta qué hora es o por dónde pasa el tranvía. El buen madrileño se da, sobre todo, su gusto por la charla y la compañía. En Estados Unidos sólo se presta cumplidamente un servicio. Y a nadie se le crea un segundo problema. Porque es un pueblo de gran educación para la vida en comunidad; se le ha enseñado que la seguridad y el progreso de la vida privada depende de la seguridad y el progreso de la vida colectiva. Esto, con el tiempo, podrá dar una moral, pero hasta ahora, no trasciende de una buena y agradable economía dentro del sistema de la vida colectiva. Y como los Estados Unidos constituyen el mayor centro internacional del mundo, esta economía se ha desarrollado y perfeccionado hasta crear verdaderas instituciones, que en infinidad de partes brindan al nacional y al extranjero una información valiosa. La mujer es la que más se destaca en este tipo de organizaciones. La mujer, en general, es de inteligencia despierta y viva.

El respeto por las normas de la comunidad es realmente ejemplar. Es un respeto que no está reservado al pueblo norteamericano; todos los pueblos pueden adquirirlo, y muchísimos lo tienen desde hace siglos; pero tratándose de una sociedad constituida debidamente hace apenas cien años, con gente venidas de todas partes, que conserva muchas costumbres que podríamos, por darle un nombre, llamar campesinas, que ha tenido que montar su vida nacional desde el primer tornillo, el resultado es óptimo. Hace apenas un par de décadas que aquí se escribieron las primeras notas sobre las botellas de leche y los panes de manteca dejados por los proveedores, en las mañanas, a la puerta misma de las casas; de los diarios que se venden solos, es decir que están al alcance de cualquiera y que tienen una caja donde se deposita el dinero; como ocurre con la correspondencia, dejada a la puerta de la calle cuando no hay un medio de introducirla (he visto verdaderos montículos al final del feriado de cuatro días con motivo de la última

fiesta nacional); o porque no cabe en los buzones. Entre tantos casos podría mencionarse el de los subterráneos, que tienen regularmente una entrada y una salida; por cualquiera de las dos se puede entrar; en una, la que corresponde, están los molinetes para el depósito de la moneda; en otra está una simple puerta de vaivén por la cual se puede entrar sin depositar el níquel, burlando así la obligación de hacerlo. Pero jamás se burla esa disposición; y en todo caso sería tan excepcional que nadie de los que conoce bien esto puede tomarlo en cuenta. Si habláramos con absoluta sinceridad, recordaríamos cuántas veces hemos considerado una gracia — pudiera ser que hasta una ventaja — el no haber pagado el boleto del tren o del tranvía. Acaso se pueda objetar: hay personas o pueblos que defienden como pueden su escaso dinero; y yo digo que puede ser verdad dentro de ciertos límites, pero que es fruto de una deficiente educación considerado esto en límites más amplios. Hablo, por supuesto, de pueblos que viven lo que ellos consideran su régimen normal; no me refiero a los casos de guerras, revoluciones, etc., en que las normas de la vida colectiva se alteran bruscamente o se corrompen.

El hombre y la mujer circulan libremente. ¿Qué quiero decir con esto? Quiero decir que nadie se ocupa de nadie. Que todos consideran que los demás tiene derecho a hacer su vida como les plazca, respetando ciertas normas sustanciales que no hay interés en alterar. No repetiré lo que he dicho ya sobre la vestimenta. Agregó ahora esta observación: pasa una mujer bien parecida por cualquier calle, casi podría decir a cualquier hora, y no ocurre como en latino-américa en que el hombre la persigue con la mirada; a veces, hasta perderla de vista. Será solamente la persecución con la mirada, pero la persecución existe. Otros casos: hay en una esquina un hombre con un cartel en su pecho y en su espalda, a veces en el sombrero, invitando a cualquier cosa, a pedir la abolición de un impuesto, mandar un mensaje de solidaridad, etc. El que no tiene interés, pasa de largo; el que tiene interés se informa, firma o no firma; y se va. Cosa importante: se tiene confianza en que el pedido de abolición del impuesto será elevado y el mensaje remitido. La educación para la responsabilidad en cualquier tarea, es uno de los altos signos de la educación de un pueblo.

En la plaza de la Unión, en Nueva York, en el Parque de Boston, en los muelles de la playa de Los Angeles, he visto las reuniones más curiosas. Son reuniones, ciertamente, en que predominan los vagos, y los iluminados, restos de todas las depresiones económicas y de todas las ideologías, a las cuales ellos prefieren dar una interpretación personal, donde se examina de todo, desde la Biblia hasta al materialismo dialéctico, pasando por todas las gamas y las más abstrusas teorías. Algunas se llaman, como las de Los Angeles, "Universidad del mar". No tiene nada de Universidad y el mismo Océano Pacífico les es completamente indiferente. En todos estos lugares, sin excepciones, un orador, elegido o circunstancial, dirige la palabra; el público interviene si resulta interesante; interviene también con interjecciones, exclamaciones, risotadas o protestas. Quizás pueda registrarse un acto violento, pero en tal caso es excepcional. No tengo noticias de ello ni he podido observarlos. Y así domingo tras domingo, o día tras día, según el lugar. Es la válvula de escape de muchos que soñaron y que no se resignan a la desilusión total. Hay perfectos veteranos en esta clase de lides. Se les conoce por la soltura con que circulan y hasta por los saludos que se entrecruzan. De vez en cuando, surge alguno que trata de disipar un poco sus propias nubes y que hasta plantea bien algunos de los problemas. Pero lo normal es lo otro.

Amigos argentinos me hicieron notar como una verdadera conquista en esa libertad de circulación y de respeto mutuo, la existencia de piqueteros. ¿Qué son los piqueteros? Son delegados especiales de los obreros o empleados declarados en huelga en un negocio o fábrica, que como hombres-sandwich, o sosteniendo un cartel, anuncian frente al lugar de trabajo que se está en huelga. Si la huelga es importante se forma una fila de piqueteros que pasa constantemente frente a la entrada, durante las horas en que debía realizarse la labor; a veces entonan canciones, como lo he visto en la Quinta Avenida, en el Rockefeller Center, con empleados y obreros de una broadcasting. El propósito es vigilar que obreros o empleados faltan a la solidaridad gremial; presionarlos moralmente a solidarizarse; porque el que entra tiene que hacerlo entre los piqueteros, lo que es, por lo menos, bastante desagradable; y también hacer la

propaganda ante el público, para que no compre por solidaridad, si se trata de un negocio. Y terminada la jornada, el piquete desaparece. Todo esto es muy cierto; pero, claro está, no hay que hacerse demasiadas ilusiones: si como hecho de fuerza obrera y de ciertos principios educativos es importante señalarlo, hay que señalar también que no todo es así, que hay también encuentros serios entre los mismos obreros; y con los mismos patronos, representados regularmente por fuerzas de policía, pública o privada. Precisamente, cuando estaba yo en Los Angeles tuvo lugar una huelga en empresas filmadoras con sus filas de piqueteros, en la que hubo tiros y heridos de los dos lados. El obrero norteamericano tiene un largo historial de luchas sangrientas, que habla bastante de su fuerza combativa. No hay que creer que Estados Unidos es solamente el país de la heladera eléctrica, de la máquina de afeitar, de la Coca Cola o de cualquier estrella de la pantalla. Estados Unidos es un país con grandes dramas dentro, pero con una fuerza que atrae por su grandioso poder de creación.

El sistema social y político norteamericano ha mantenido hasta ahora un alto nivel de tolerancia en las creencias y en las costumbres. Yo creo que ningún país es eternamente tolerante o intolerante, pues los países sufren las fluctuaciones de los hombres que en él conviven, de los intereses que en él convergen, de su política general, en definitiva. Pero sí creo que aún considerándolos en períodos algo extensos, hay países más tolerantes que otros, por una suma de costumbres, enlazadas con una suma de conveniencias. Para la Argentina, por ejemplo, la tolerancia ha sido siempre — y lo es — su más sana política, porque la Argentina necesita del mundo más de lo que el mundo necesita de ella; y en esas condiciones, ser tolerante es como tener el aire indispensable para respirar. O de lo contrario, nos vamos a ahogar de veras.

Estados Unidos es, dentro de las limitaciones forzosas de su política general y de sus políticas particulares, una nación tolerante. Hay un refrán de Boston que dice: "Para ser feliz hay que ser conservador en política y liberal en religión". Boston pertenece a la Nueva Inglaterra, la cuna, digamos, de la Nación. Ese refrán refleja bien toda una política: entregarse al cuidado y desarrollo de la riqueza; y ser al mismo tiempo

lo suficientemente comprensivo como para darse cuenta de que la tolerancia religiosa era la mejor garantía para el engrandecimiento de la Nación que poco a poco iba a constituirse. La educación del pueblo para la tolerancia religiosa ha sido mantenida muy celosamente en todo el país. Tomando las cosas un poco en el aire se puede creer que los Estados Unidos es un país casi cien por ciento protestante. Y no es así. La población llega a 141 millones de habitantes, de los cuales 42 o algo más figuran inscriptos en las iglesias protestantes; los católicos romanos son 24 millones más o menos; los judíos 5 millones y de otras religiones aproximadamente un millón. Si bien tomadas de una estadística, doy estas cifras como aproximadas, pues unas iglesias inscriben a sus afiliados a una edad, y otras, a otra. Sin contar las diferencias que pueda haber por otras razones de cómputo. Pero de todos modos puede tomarse como cuadro de la situación. Es mediante una sana política religiosa de educación para la tolerancia, como los Estados Unidos han podido asistir mejor a su crecimiento y contribuir a llevarlo al punto alto en que ahora se encuentra. Ellos entienden — y entienden bien — que la tolerancia religiosa no consiste solamente en que todos los cultos puedan ser practicados, sino también en que no se presione a nadie en beneficio de una religión determinada.

Vamos a ocuparnos ahora de los otros dos puntos: la educación de adultos y la de obreros.

La educación de adultos nace en los Estados Unidos con la primera guerra mundial. Uno de sus objetivos fué mejorar y desarrollar en los adultos, y especialmente en los analfabetos, aptitudes, que con el correr de la vida se hubieran revelado, o bien que era necesario dar oportunidad para que se revelaran. Se encara este desarrollo de aptitudes esencialmente en bien del individuo, sin violentarlo como para que el campo de acción de esas aptitudes se convierta en el principal campo de acción de su vida. Es decir, no se busca inicialmente sacar provecho de aptitudes del individuo, latentes o en retraso, para aplicarlas a un uso concreto. Dicho en otras palabras: no se busca, por ejemplo, que el adulto aprenda a construir muebles o motores, sólo porque se necesiten carpinteros o mecánicos, o porque se quiera convertirlos en tales, sino para darle al individuo una

oportunidad de mejorar su nivel de capacitación. La habilidad adquirida puede convertirse en oficio, pero el objetivo no es ése. Otro objeto es dar oportunidad al adulto para mejorar o desarrollar aptitudes para su recreación, desbrozando o abriendo así su camino hacia una mayor felicidad en la vida; o prepararlo para el conocimiento de problemas de la vida o de la cultura; siempre se trata de no transformar meramente al analfabeto en letrado, sino en dar a su vida otros rumbos, otros valores. Estos son una parte de lo que podríamos llamar teorías acerca de la educación de adultos. Pero la verdad es que se organizan escuelas, muchas escuelas, sin planes uniformes, sin objetivos uniformes, sin teoría uniforme.

La literatura sobre educación de adultos se torna abundante. Se publican libros, folletos y revistas. Se fundan asociaciones y se organizan verdaderas escuelas de preparación de maestros para este tipo de educación. Hoy, la educación de adultos constituye una verdadera preocupación nacional. Sus problemas son ciertamente problemas de calidad y de cantidad. Profesores de gran prestigio se dedican a su estudio y a la enseñanza.

Se puede tener por momentos la impresión de que nos encontramos frente a un mundo educativo, pleno de revelaciones para un viajero curioso de esta parte del continente. Sin duda las tiene. Ojalá pudiéramos hacer en la Argentina una pequeña parte de lo que allí se realiza. No digo que todo. No desearía que fuera todo. Porque no todo lo que se hace tiene los objetivos que deben interesarnos. El objetivo es siempre lo importante. Por eso me detuve más en las conversaciones con los profesores y líderes de la educación de adultos que en la visita a los lugares donde se dictaban las clases. Resumiré después sus observaciones. Diré ahora lo que pude conocer directamente. Hay un tipo de escuela para adultos en el que predomina el interés por lo recreativo. Lo vocacional pasa a ser sólo una forma de lo recreativo. Se enseñan pequeñas artes manuales, como reformar muebles, fabricar joyas, etc.: se enseña a bailar en conjunto o en parejas; se dan clases de oratoria y también — cosa muy curiosa — para aprender a escribir novelas. Hay otras actividades más, pero esto ya da una idea de lo que se trata: podríamos llamarlas escuelas de estímulo para

el desarrollo de ciertos hábitos sociales que proporcionan un poco de satisfacción a quienes sólo desean dar unos pasos tranquilos y tibios en la vida. Concurren más bien mujeres y hombres, especialmente al atardecer, después de las horas de trabajo. En los Estados Unidos la labor de comercio y de oficina (son empleados los que regularmente concurren a esta clase de escuelas) termina alrededor de las 5 y media de la tarde, y se cena a partir de las 6; de modo que los alumnos sólo tienen que postergar por un par de horas la comida, sin robarle horas al sueño. No predomina en los Estados Unidos este tipo de escuelas de educación de adultos, pero es característica de un sector. En Boston, ciudad de vieja y tranquila burguesía, fué donde la encontré casi perfecta dentro de sus ideales. Era una escuela bien mantenida, armoniosamente administrada; me parecía haberme trasladado al día en que se escuchó el repicar de las campanas de Filadelfia, anunciando la firma del acta de la Independencia. Las escuelas de adultos se han desarrollado siguiendo el ritmo económico y social de la nación: a multiplicidad de actividades nacionales, multiplicidad de actividades educativas; a diversidad de objetivos nacionales, diversidad de objetivos educativos; la educación de adultos no ha tenido por ello influencia orientadora: ha ido siempre a la zaga. Por eso es muy difícil dar una idea que compendie lo que se ha hecho en materia de educación de adultos.

En el Colegio del Estado de Pensilvania vi ya cosas muy distintas. La educación de adultos tiene un plan, que sin incluir todavía objetivos que vayan más allá de lo que el común de los habitantes tiene en vista para su vida diaria, trata de aclarar algunos de esos objetivos y mejorarlos. La educación de adultos está a cargo de un departamento del mismo colegio. Tiene, pues, la ventaja de entroncarse en una organización de amplios recursos. El Colegio está enclavado en una hermosa región y ocupa cien hectáreas; los alumnos no adultos llegan a 6.500 entre sus distintas escuelas. En los Estados Unidos se llama Colegio (College) a lo que podría corresponder aquí, más o menos, a los cuatro primeros años de nuestra enseñanza universitaria, si ésta se compone de siete; los tres años siguientes son para obtener los grados de "master" y "doctor". Ese Colegio de 6.500 alumnos, proporciona enseñanza mediante su de-

partamento de educación de adultos, a 55.000 hombres y mujeres distribuidos en todo el Estado de Pensilvania. En unos casos mediante escuelas locales, como la de la ciudad de Altoona, la ciudad más llena de hollín que he conocido; en otros casos, a través de organizaciones independientes, grupos, etc. Envía maestros, libros, folletos, material gráfico, películas; es una asistencia cultural muy seria, a la cual podríamos hacer observaciones en cuanto a los puntos centrales a los cuales se dirige, pero que revela en calidad y cantidad una preocupación de gran significado social. Tuve oportunidad de conversar toda una tarde sobre lo que allí se hacía con los encargados de ese departamento, y en el viaje de vuelta hasta Altoona, que es centro ferroviario, con uno de los profesores. Hablamos con toda claridad. Piensan que, efectivamente, el punto débil de toda educación de adultos es la carencia de un objetivo de significación nacional, sin perjuicio de coordinarlo con otros objetivos. El norteamericano presta siempre buen oído a todo. Luego, si decide que no le interesa, lo archiva o lo desecha; pero ante todo, escucha. Los latinoamericanos no cultivan mucho el hábito de escuchar; son bastante individualistas hasta en esto, y prefieren pronunciar su discurso antes que escuchar el ajeno.

En Denver, capital del estado del Colorado, ubicado en el centro-oeste de los Estados Unidos, visité otro tipo de escuela de Educación de Adultos: "La escuela vocacional Emilia Griffith". Por el nombre propio que lleva se dan ustedes cuenta de que se trata de una fundación privada. Aquí nuestra gran burguesía no ha sabido perpetuar su nombre más que en dos o tres cosas: sólo ha dado dinero para iglesias, asilos u hospitales. El programa de la escuela de Denver es bastante completo en toda su parte técnica; visité sus talleres, bien provistos de máquinas y de profesores; su sección de agricultura enseña cómo debe prepararse la tierra para el cultivo, orientando acerca de cómo satisfacer las necesidades de la familia, el cuidado del jardín, riego, uso de fertilizantes e insecticidas y comercialización del sobrante. Hay clases de aprendices para diversos oficios: chófer, pastelero, barbero (la barbería atiende al personal y a los alumnos), albañiles, (construyen allí mismo), electricistas, curtidores, decoradores, plomeros, impresores (hay un gran taller de impresión), zapateros (llegué cuando esta-

ban instalando una magnífica máquina). Y no es esto sólo: hay clases técnicas dentro de las artes y los trabajos de oficina, que son muy variados y que sería muy largo enumerar. Y además: enseñanza de la cerámica, la pintura, el tejido, música, canto, idiomas, ciencia, y letras, cuidado y arreglos de la casa, educación para la vida en familia, nutrición, trabajos de laboratorio. Es seguro que omito cosas que no recuerdo bien ahora. La escuela fué fundada en 1916, por Emilia Griffith. Es decir, funciona desde hace 30 años. Terminada la guerra, en 1919, incluye en su plan vocacional el de la rehabilitación de los veteranos. Al iniciar sus actividades en 1916 lo hace con 34 maestros que atienden a 2398 alumnos; el cálculo de inscripción para este año es de 15.000 alumnos y unos 270 profesores. La escuela funciona de 8 a 17; y de 19 a 21. Tiene, desde luego, un comedor escolar. La escuela se ha sostenido hasta ahora con donaciones y sus rentas de fondos propios y matrícula de los alumnos.

Pero Denver no es más que una muestra de un tipo de organización para la educación de adultos en los Estados Unidos. El país tiene muchos ojos y es difícil ponerlos sólo en uno.

En otro tipo de escuela para adultos, predomina la orientación político-social, como la "Abraham Lincoln", de Boston; la "Jefferson", de Nueva York; y la "Escuela del Trabajo de San Francisco", en California. Aunque se ocupan también de técnicas diversas, su énfasis está en la formación de una conciencia política entre sus alumnos y de considerar problemas teóricos y prácticos de interés social. Tuve oportunidad de asistir en la "Escuela del Trabajo de San Francisco" a una asamblea imprevista de profesores y alumnos, en la que se trató un problema de emergencia: la crítica que algunos diarios conservadores hacían a la escuela por su orientación ideológica. Era evidente que el alumnado estaba íntimamente de acuerdo con la orientación de la escuela, porque no hubo una sola discusión y todo terminó en aplausos.

Brooklyn, es una de las secciones o barrios de lo que se llama la Gran Nueva York. Está separado del corazón de la gran ciudad, que es la isla de Manhattan, por el río Hudson. En mi visita a Brooklyn conocí otro aspecto de la educación de adultos: la educación de las madres. Este es un aspecto de

gran interés social y lleno de matices, porque en la madre se cruzan dos grandes caminos de la educación moderna: la educación para la vida familiar y para la vida colectiva. Me adelanto a decir que allí solamente se ha planteado el problema de la elevación del nivel cultural de la madre analfabeta o casi analfabeta. Sin embargo, la tentativa, por rudimentaria que sea, es muy digna de destacarse. Los programas son compuestos con elementos de los programas de las diversas escuelas de adultos, y de carácter práctico. Una de sus novedades estriba en la elección de las horas para las clases, fijándolas durante el tiempo en que la mayoría de las madres pueden estar más desocupadas, es decir, casi enseguida del almuerzo, una vez terminadas las labores urgentes de la casa. Y algo más: algunas madres llevan allí a sus hijos, que se aproximan a la edad escolar, y están con ellos durante el tiempo de la clase. No es la regla; señalo el hecho, o el principio.

En el Estado de Carolina del Norte, en Chapell Hill, hay también un centro importante de educación de adultos. Tuve oportunidad de asistir a una clase para maestras rurales, en las que se les indicaba cómo debían orientarse en su labor educativa en las granjas y pequeños centros poblados teniendo en cuenta los diversos intereses familiares y regionales; de paso, se evacuaban las consultas que se hacían.

Me faltó tiempo para visitar otros puntos que estaban en mi primer proyecto de itinerario; hubiera querido ir, por ejemplo, a la región de Berea, en el estado de Kentucky, que está entre el llamado Sur Negro y el Centro Este del país, para ver cómo la población campesina de escaso nivel cultural es educada sobre la base de los recursos del medio; y hubiera querido ir a Cleveland, junto al lago Eric, en el estado de Ohio, donde se me informó que la educación de adultos también atiende la asimilación del extranjero, por el medio ambiente, problema éste muy importante en los Estados Unidos. Pero creo, de todos modos, que he reunido los aspectos que mejor podían dar una idea general de lo que allí se hace. Esto hay que multiplicarlo muchas veces, pensar en decenas y centenas de miles de personas, y se comprenderá mejor el peso y el volumen de la educación de adultos en los Estados Unidos. La primera pregunta que hice, fué: ¿están satisfechos de cómo se cumple esta edu-

cación? Las respuestas fueron desiguales en lo referente a los medios; en algunos casos satisfacían, aunque con ligeras correcciones de calidad y cantidad; en otros, se prefería sustituirlos, por considerarlos erróneos; pero se reconocía que no era cuestión grave y que había que estudiar cómo llevar adelante mejor las cosas; pero en lo que coincidió la mayoría de los consultados — y traté de escoger a quienes pude encontrar dentro de lo más significativo — es que la educación de adultos no alcanza, por los caminos seguidos hasta ahora, un objetivo de orientación general para la vida, que puede ser la vida social, nacional, etc. Se satisface bastante lo personal, como hemos visto; pero no se satisface en lo social; en lo social entendido como tentativa de composición cultural de una colectividad, de un pueblo, para elevar el nivel de la base de su convivencia. La educación de adultos capacita a un hombre más, pero ese hombre más rueda por el mundo como los otros; no se le orienta para contribuir con un pensamiento al examen de los problemas que le plantea la vida y la sociedad, en la cual va y viene, cae y se levanta. Uno de mis interlocutores hizo esta afirmación audaz, con toda calma: "la educación de adultos es en los Estados Unidos el opio del pueblo". ¿Qué quiso decirme? Que no se le enseña al pueblo cosas esenciales que él necesita para saber de verdad en qué mundo vive. Usó esa expresión directa, llamativa para hacer levantar bien la mirada. Lo importante no es discutir si es o no un opio, desde el punto de vista idiomático o lógico. Lo importante es señalar, una vez más, que en educación lo que más importa es el objetivo. Eso sí, una vez fijado el objetivo, tratar de llegar a él por los mejores medios. Por eso resumo mis observaciones de la siguiente manera: *la educación de adultos en los Estados Unidos necesita un objetivo de orientación general para la vida*; el conjunto de métodos que aplica constituyen una experiencia de gran valor, que será grandemente aprovechada en una etapa nueva. Pero nada más.

La educación obrera comienza a preocupar grandemente en los Estados Unidos poco antes de la primera guerra mundial. La escuela Rand en Nueva York y la Liga Sindical de mujeres toman la iniciativa. La crisis de la post guerra y la política antiobrera perjudican ese esfuerzo, que en 1929, diez años después, decrece. Con la llegada de Roosevelt al poder,

en 1933, todo cobra nuevo impulso. Los sindicatos se organizan, su número de miembros aumenta y hace posible la continuación de la etapa en suspenso. Se necesitan líderes; los trabajadores del vestido, por ejemplo, incorporan para su tarea de organización a alumnos de la escuela de Brookwood. La educación obrera se va orientando como para asistir al estudiante en diversas actividades culturales y recreativas. Se interesan por los problemas del medio. En Pennsylvania, los obreros ocupados en la fabricación de la seda artificial formaron comités con el fin de combatir las enfermedades propias de esa industria.

Esta rápida ojeada da ya la impresión de que la educación obrera comienza a ubicarse más que la de adultos dentro de la realidad social y nacional. El obrero tiene siempre una mayor conciencia de la realidad de los problemas del medio, aunque carezca muchas veces de los instrumentos necesarios para poder sistematizarlos. Por eso que el abecé del progreso político de la masa obrera está en su educación general y desde luego en su educación política. Es la gran deuda que tienen para con ella nuestros partidos políticos.

La educación obrera se lleva adelante en los Estados Unidos por diversas organizaciones: "Servicio americano de educación obrera". Organismo de auxilio y de consejo, prepara programas, edita libros y folletos, realiza intercambios de información y organiza conferencias anuales de profesores de educación obrera. Las dos grandes organizaciones obreras: la Federación Americana del Trabajo y el Congreso de Organizaciones Industriales están representados en esa agrupación. Otra agrupación es la "Oficina de Educación Obrera" que depende de la Federación Americana del Trabajo; su labor educativa es algo semejante a la anterior, pero como órgano de una entidad sindical se preocupa de preparar líderes para su propio movimiento. Entre las que podemos llamar propiamente escuelas, figura la del "Sindicato de Corte y Confección", la "Escuela Popular del Campesino", la "Escuela Obrera de las riberas del Hudson" sostenida por la "Unión de obreros textiles" afiliada al CIO. Coincidió mi permanencia en Nueva York con la época de su funcionamiento. Está instalada en West Park, a pocas horas de ómnibus de Manhattan, en un hermoso rincón que da

al río Hudson. En la parte central están los dormitorios, el comedor, la biblioteca, el hall de conversación y las demás dependencias. En cuerpo aparte, las aulas. Son edificios alquilados, que se destinaban a otros usos. En el jardín, entre los árboles, las horas de reposo se distribuyen entre juegos, conversación y lectura. El grupo de este verano se componía de unas 50 personas de ambos sexos; todos obreros, designados por sus respectivos sindicatos como mejor preparados para seguir los cursos breves de orientación y entrenamiento. Las clases del par de días en que allí estuve, se refirieron a problemas de salarios, de interpretación de leyes del trabajo, de historia del movimiento obrero y de oratoria. Claro que no era la oratoria de la escuela de Boston, destinada más bien a hacer soltar la lengua y vencer la timidez de dirigirse al público, sino la oratoria para hacer soltar las ideas e influir, persuasivamente, en el auditorio hipotético. Una noche vino de Washington un delegado obrero con una máquina proyectora, diapositivos y carteles; habló del problema racial y dió elementos de juicio para que pudiera ser bien aclarado este problema, dentro de la tesis de que, en realidad, no existen razas del punto de vista social, intelectual, humano, en definitiva, aunque existan diferencias de color, de tamaño, etc., y advirtiendo la necesidad de combatir el inmenso peligro del racismo. Se distribuyeron test entre los asistentes; y pude observar cómo ciertos tipos de conceptos llamados racistas han penetrado hondo en la vida norteamericana. Había preguntas como ésta: "¿Es superior el blanco al negro?" "¿La mayor parte de los crímenes en los Estados Unidos son cometidos por norteamericanos o por extranjeros?". (Ocurre lo contrario). Observé que dos obreras que estaban delante de mí y un poco a mi derecha, contestaron por la afirmativa, cargando la inferioridad al negro y la culpa al extranjero. Una titubeó más que la otra, pero coincidió al fin. Y vean ustedes que se trataba de obreros de un cierto nivel político. El plan didáctico era el siguiente: distribuídos los papeles y hechas las anotaciones, se pasaba la película, se describían los gráficos, y el profesor daba su pequeña clase ilustrativa. Luego, se daba tiempo para que volviera cada cual a reflexionar sobre el problema. No pude comprobar el total de los resultados, pero ví, por lo menos, que una de las dos obreras corrigió su primer

juicio, y la otra permaneció indecisa. No he podido saber si cambió realmente de opinión.

Visité también en Madison, capital del Estado de Wisconsin, la Universidad de este mismo nombre. Queda a orillas de un lago. Allí funciona desde 1925 la "Escuela obrera de la Universidad de Wisconsin". Se inició como una escuela de 6 semanas de duración; desde 1937 cuenta con el apoyo financiero del Estado. Participan trabajadores industriales y rurales. Wisconsin es lo que podríamos llamar la lechería de los Estados Unidos. En el viaje que hice de Chicago a Madison, pude apreciar la riqueza bien a flor, de su vida campesina, con sus granjas, viviendas, silos. En 1937, recibido el apoyo del Estado se inscribieron 5.300 estudiantes en ochenta y tres cursos diversos, que se dieron en 35 ciudades distintas del mismo Estado. La planta docente se constituía de 35 profesores rurales y 25 para la educación urbana. Tiene cursos especiales para maestros que se quieran dedicar a la enseñanza obrera. Su Comité consultivo incluye 3 representantes de la Universidad y 3 de los sindicatos. Pude presenciar las clases del último día del curso, muy similares a las de la Escuela de las riberas del Hudson. Esta escuela obrera de Wisconsin está vinculada al "Sindicato Internacional de Corte y Confección". Este sindicato tiene también su departamento de educación, con 30 años de funcionamiento. Su programa presta servicios a sus 262.000 miembros, pero además organiza clases especializadas; alrededor de 1.000 clases por año se dictan con un promedio de 20.000 alumnos. Además del Consejo Educativo general, hay subdirectores en más de 70 sindicatos locales.

Con esta enunciación no termina, por cierto, la larga lista de agrupaciones, sindicatos, universidades que en los Estados Unidos se ocupan de este gran problema de la educación obrera; pero eso sólo basta para dar una idea de su variedad y magnitud.

Muchos son los problemas que se presentan desde hace tiempo a los responsables de la orientación de la educación obrera. Citaré algunos: los obreros son mucho más exigentes que los adultos en cuanto a sus maestros, no tanto por su capacidad técnica sino en cuanto a su orientación política. El obrero basa su fuerza en su propia organización; y cuida que esta

organización no se debilite ni se destruya por infiltraciones ideológicas contrarias a sus intereses de clase. Esto no siempre se toma en sus extremos, y ni de parte de los obreros existe siempre la suspicacia, ni de parte de los maestros existe la contradicción ideológica. Las mejores opiniones recogidas al respecto llegan a esta conclusión: que en lo posible hay que comenzar por preparar a los líderes naturales de los sindicatos, que están en condiciones de controlar bien el tipo de preparación que se quiere dar, con lo cual se elimina la mayor resistencia; es decir, formar maestros de los mismos obreros. A veces la resistencia depende de la inadaptación del profesor de título a la enseñanza de obreros. Puede decirse que, en general, el maestro primario, siempre muy rígido, no sirve para la educación de adultos ni la de obreros. Aquí tampoco serviría mucho el profesor secundario, y menos el universitario. Creo que para iniciar de verdad esa enseñanza será necesario previamente preparar un profesorado especial. Que se formaría, desde luego, con buena parte de los actuales maestros y profesores de título, pero que contará como levadura a los que nunca han ejercido esa tarea, y que por lo mismo tienen la ventaja de no tener un handicap de hábitos inadecuados. Para educar a los adultos y a los obreros se necesita, entre otras cosas, haber prestado interés educativo — no solamente interés intelectual — a los adultos y a los obreros como tales. En Washington, uno de los dirigentes de la Asociación Nacional de Educación, que agrupa a 600.000 maestros, de los cuales unos 4.000 son maestros de adultos (mi entrevistado pertenecía a esta rama), me decía que para ser buen maestro de adultos, más que ser maestro se necesita ser líder. Esto puede aplicarse con mayor razón a la educación de obreros.

La educación obrera se guía, pues, hasta ahora por lo siguiente: formación de líderes de sindicatos; desarrollo de la conciencia de clase; conocimientos teóricos prácticos de las condiciones que rigen el medio en que vive: leyes, acción sindical; — preparación para la solución de problemas sociales, económicos y políticos —. Eso no excluye otras actividades culturales; pero la pauta está dada por lo otro. Pero no hay que llegar a la conclusión de que la educación obrera en los Estados Unidos ha llegado al más alto nivel, y de que es factor de de-

cisión o de orientación en el movimiento sindical o político de la masa, o de parte sustancial de la masa. No: la tarea es todavía muy dura, y sus líderes luchan incansable y duramente para ensanchar y hacer avanzar su campo de acción. La tarea no será nada fácil, pues las luchas inmediatas por salarios, jornadas, y por el afianzamiento de la propia agrupación, insumen energías, tiempo, dinero y hombres. Mas no todo es por esto; hay mucha incompreensión entre muchos dirigentes, que preferieren dejarlo para más adelante; como si dijéramos para el día de la victoria. Pero esto va siendo vencido en parte, poco a poco, porque los resultados de la educación obrera les demuestra que una masa consciente y al mismo tiempo técnicamente capacitada, es mejor que una masa consciente y técnicamente incapacitada, o medianamente capacitada.

Quedan por referir diversos aspectos de la educación en los Estados Unidos. Por breve que fuera llegaría al libro. No quiero, sin embargo, omitir dos, que van dirigidos a la educación cívica y la educación de la opinión pública: uno es el sistema de encuestas sobre diversos problemas que se le presentan al país, como ser el control de precios o una elección política, cualquiera. Hay instituciones muy bien organizadas, de verdadero prestigio nacional, por la justeza de sus resultados. El otro, de mayor valor educativo es el de los foros. Hay foros formales e informales, como allí les llaman los norteamericanos; o como diríamos nosotros: sin barba o con toda la barba. Allí no se concibe una conferencia sin el apéndice del foro. El foro formal es el que se prepara con su debido tiempo, donde un pequeño grupo de personas discute delante del público. Normalmente se transmiten por radio a todo el país y al extranjero, por lo cual, como ustedes se dan cuenta, el pueblo se entera por muchas bocas de lo que se trata.

Estados Unidos, qué duda cabe, no es un país perfecto; y sufre en su educación, en su vida colectiva, en su composición social, en su régimen económico, en su expresión política, todas las interferencias de corrientes poderosas de todo orden; pero hasta ahora, pese a esas interferencias, a sus desviaciones, a sus mutilaciones, es uno de los países mejor informados de la tierra. Y esto es muy importante desde el punto de vista social como desde el punto de vista humano. La información neta,

veraz, oportuna, es el camino seguro para elevar la conciencia del hombre y del ciudadano. Si se suprime, el ciudadano, o se disminuye o se suprime, y el hombre queda flotando a la deriva, sin saber qué ve, y sin saber adónde va.

Conferencias pronunciadas en el Colegio el 27 y 29 de Noviembre de 1946

Nuestra América y su vocero: José Martí

por RENATA DONGHI HALPERIN

América es descubierta a fines del siglo XV. Es decir a fines de ese siglo extraordinario que daría a luz a la Europa moderna, la que subsiste aún: esta Europa que lucha y se desgarrá ante nuestros ojos desconcertados e impotentes.

América nace cuando Erasmo tenía veinte y siete años; cuando nacía Juan Luis Vives; cuando Antonio de Lebrija publicaba su "Arte de la lengua castellana"; cuando los humanistas italianos: Lucio Marineo Sículo, Pedro Mártir de Angleria, Alejandro Geraldino enseñaban antigüedades en las cortes de España.

América nace en el siglo de Italia y de Flandes, es decir nace bajo el signo de la burguesía que surge, o, para evitar equívocos, nace bajo el signo del hombre civil, no ya clérigo ni guerrero: nace bajo el signo de la civilidad.

En el siglo XV la sociedad feudal que estuvo, sin advertirlo, a la defensiva durante doscientos años, impulsando las cruzadas y propulsando, con su aliado natural, las guerras contra la herejía, se resquebraja; y este acontecer ya es consciente para el hombre que se le enfrenta: el mercader que se torna dueño de ciudades, y el intelectual que ya no es forzosamente clérigo. Tres siglos se tardará en extender el acta de defunción de esta vieja sociedad, pero desde el siglo XV el mercader y el intelectual

advierten que el señor (sea este hombre de armas o de sotana) se sobrevive.

En el siglo XV el hombre redescubre la tercera dimensión de la vida que es la de la gloria terrenal, devorada en la Edad Media por las preocupaciones eternas:

No os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
*pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
aquí dejáis:*
aunque esta vida de honor
tampoco no es eternal
ni verdadera,
*mas con todo es muy mejor
que la otra temporal
perecedera.*

Pero el europeo de Italia y de Flandes, el hombre de las ciudades comerciales y marítimas, sabía, y allí su diferencia con el noble de España, autor de las coplas citadas, que esta vida "más larga de fama tan gloriosa", no se conquista solamente "con oraciones y con lloros", si se es religioso, o, si caballeros famosos, "con trabajos y aflicciones contra moros". El europeo de Florencia, de Nápoles o de Brujas sabe que esta vida de gloria se puede obtener también con el estudio. El burgués del siglo XV sabe que ni la nobleza ni la gloria son privilegios de castas: proviene la primera "del gentil core", nace la otra de las largas vigiliadas fecundas.

Una nación dirige, sobre todas, los pasos de Europa: Italia. Esto es asombroso, pues Italia no es militarmente la más fuerte, ni lo ha sido, ya que el tiempo de Fiesole y de Roma está muy lejos, y las hazañas se volvieron consejas que las abuelas relatan al amor de la lumbre. Italia tampoco gusta de las glorias guerreras, ni las canta, ni las busca, y no las busca porque, a pesar de cierta pleitesía superficial de parte de escribas y condottieri, Italia en su ser hondo ya no admira las hazañas guerreras. Y no puede admirarlas por haber superado el estadio en que ellas eran las mayores y acaso las únicas. De no ser así, ¿cómo explicar el antagonismo real y profundo entre Italia y España? Antagonismo que no surgía del hecho de que una era débil y la otra fuerte, sino de que Italia ya era pueblo moderno, es decir civil,

cuando España todavía se simbolizaba, soberbia, en la espada y en la cruz.

En el siglo XV se descubre o se redescubre todo. Es el siglo del arte y de la técnica. El siglo del sabio, del artista y del artesano. Y entre unos y otros no hay diferencia esencial, sino de grados. Larga es la lista de los inventos o reinventos, que lo mismo da al cabo: el papel, la brújula, la pólvora, el monte pío, la imprenta, el cálculo comercial, el uso de los números árabes, la reglamentación del trabajo que da ciertas franquicias al hombre asalariado; el reloj de agua, el uso del cepillo que transforma el mueble en joya. ¡Cuántas cosas se descubren en este siglo maravilloso! Y con todas ellas, grandes y pequeñas, nace esta nuestra América.

Se suele afirmar que el renacer del espíritu es resultante de tales inventos: ¡cosa más absurda no se ha dicho nunca! Las cosas están allí y lo han estado siempre, sólo el espíritu en actividad puede hallarlas, es decir inventarlas, que significa precisamente hallar, encontrar después de búsqueda, búsqueda que no realiza el espíritu inerte.

Debajo de todo lo maravilloso de este siglo, hallamos al hombre que vuelve a apoyar sus pies sobre la tierra; al hombre que retoma el hábito del pensamiento y la audacia de la aventura. Hallamos el resurgir de la razón después de muchos siglos de ataduras, o, como me gusta decir, hallamos la resurrección de Sócrates, la sola divinidad, no hija del hombre, sino hombre, que haya creado, a su imagen y semejanza, el Occidente.

Cuando el hombre tuvo el valor de escudriñar en las tinieblas que lo rodeaban, y de romper el hechizo de añejas creencias, halló a América. Se cuenta que no ha sido Colón el primer europeo que haya hollado tierra americana, ¿y eso qué importa? América no se descubriría hasta cuando no cupiera ella en la conciencia del Occidente, y eso no podría acontecer hasta el siglo XV; y que fuese un italiano el descubridor tampoco es por azar ¿acaso no ha surgido allá, en aquellas dulces tierras latinas, el *homo movus*? Y que este continente reciba el nombre de un casi aventurero florentino, con ser ello, en el sentido de la justicia humana, injusto, si pensamos el hecho desde un ángulo más trascendente, no nos parecerá ya tan absurdo. Porque América la descubrió el primer florentino que dudó, en su corazón, del

Libro; que halló fuerza en su alma para desafiar lo cercado. Porque descubrió a América, tanto o más que Colón, el humanista, el experimentador, o aquel bizarro caballero, poeta sumo, Guido Cavalcanti, que gustaba pasearse por las senderuelas del cementerio y preguntarse: ¿Y si no existiera Dios? *E se Dio non fusse?*

América es producto de la rebeldía de Europa frente al dogmatismo del oriente; de la recuperación de la latinidad que es laicismo; de la razón que vuelve por sus propios fueros; de Sócrates que contesta, serenamente, a los jueces: —No os temo.

América es producto de la victoria sobre el miedo.

América es hija de la libertad.

Europa descubre a América en el siglo XV; América se yergue ante el mundo a principios del siglo XIX o, por ser más precisos, pues la labor aunque soterraña es labor, América despierta a fines del siglo XVIII. América despierta con la Carmañola.

Siglos extraordinarios, en verdad, estos que nos ocupan: ¡qué fechas para el hombre! Un continente se abre ante el occidental acuciado por problemas pavorosos, uno de ellos, y no el menor por cierto, el mundo islámico que puja por llegar nuevamente a las costas del Mediterránea. ¿Qué hubiera sido, sin el oro de América, de ese hombre que acababa de crear una nueva disciplina que lo atañía a él, en cuanto hombre? Y maravillosa flor de ese humanismo son las tres virtudes civiles que, a fines del siglo XVIII, el hombre coloca como cimientos de la sociedad: libertad, igualdad, fraternidad. ¿No es maravilloso que una época inicie su existir apoyándose en la fraternidad, en la igualdad, en la libertad?

Y esta América nuestra entonará muy pronto, ella también, las palabras sagradas, el grito sagrado, como dijo el autor de nuestro canto máximo. Grito sagrado que encierra en una sola palabra: libertad. ¿Es que esta palabra no lo involucra todo? ¿Es que puede existir la libertad, sin la fraternidad, sin la igualdad?

Archive — *Voy en busca de la libertad* — cantó el poeta padre de Italia — de la tan querida libertad, como bien sabe quien por ella, ha desdeñado la vida.

Cuántas veces el hombre gritó al hombre el dilema terrible: vida o libertad. Vivir siervos o morir libres. Este dilema no lo ha planteado jamás nuestra América, nuestra América soñada, más real que la que se ha debatido presa de tiranuelos y de irresponsables. Nuestra América encerró su destino en un grito que repite tres veces como repicar de campanas: libertad, libertad, libertad.

Nace América en el siglo del humanismo y surge en el siglo de la hermandad humana, en el maravilloso siglo XIX, que arrojó sobre nosotros la carga de una responsabilidad tremenda: la de la comprensión, la de la tolerancia, la del amor. Sólo en ese siglo el hombre sintió el derecho al amor, a la comprensión, a la vida digna. Sintió que la honradez no sólo es un deber, sino también un derecho, porque ella, como toda la vida moral, surge también de circunstancias que son ajenas al espíritu humano. Siglo, el décimo noveno, que jamás será elogiado bastante: y allí están las banderas de nuestra América que nos dirán de su espíritu maravilloso, no fieras ceñudas, ni armas, ni motes pavorosos, sino manos entrelazadas, los colores del cielo, el emblema de la comunidad humana. Así entraba América en el consorcio de las naciones. Afortunado el pueblo que nace bajo tales signos; afortunado el hombre que nace sostenido por la esperanza.

Cuenta Rodó en "Los motivos de Proteo" que "volviendo el gran Trajano de una de sus maravillosas conquistas" pasó por una ciudad de Etruria y allí, deseoso de agasajarlo, "cierto patricio preparó en honor suyo el más pomposo y delicado homenaje que hubiera podido imaginar". Para ello escogió las más bellas niñas a fin de que, ataviadas con trajes apropiados, representasen todo el mundo conocido y recibiesen en nombre de éste al poderoso emperador.

"Púsose en ensayo este propósito; todo marchaba a maravilla; pero sea que, distribuidos los papeles, quedase sin ninguno una aspirante a quien no fuera posible desdeñar, sea que lo exigiese el arreglo y proporción en la manera como debían tejerse las danzas y figuras, ello es que hubo necesidad de aumentar en uno el número de las personas. Se había contado con todos los países del mundo, y se dudaba como salvar esta dificultad, cuando el patricio que era dado a los libros, se dirigió a un estante, de

donde tomó un ejemplar de las tragedias de Séneca, y buscando en la Medea el pasaje donde están unos versos que hoy son famosos, por el soplo profético que los inspira, habló de la presunción que hacía el poeta de una tierra ignorada, que futuras gentes hallarían, yendo sobre el misterioso océano, más allá (añadió el patricio) de donde situó a la sumergida Atlántida, Platón. Este soñado país propuso que fuera el que completara el cuadro, ya que faltaba uno."

Pero he aquí que nacía otra dificultad; ¿quién aceptaría representar el país desconocido y, por otra parte, ¿qué tributos brindar al poderoso emperador? Sin embargo, la más joven y hermosa doncella reclamó el deslucido papel para sí, y, ya que no podría llevar nada en el atavío que indicara la región representada, se acordó que no vistiera "mas que un traje blanco y aéreo como una página donde no se ha sabido qué poner."

Y llegó el poderoso Trajano y fueron pasando una a una, ante él, las diversas comarcas de la tierra: Roma, casi viril; Grecia, coronada de mirto; Galia, la rubia; Iberia con sus trotones y sus minas; y Bretaña y la Tracia y la Iliria y la Macedonia y la última Thule. Todas ellas ofrecían presentes al dueño de la tierra: quien el poder; quien la feracidad; quien el valor; quien el esplendor.

Ultima apareció Leuconoe.

—Por último — dice Rodó en su bellísima lengua — con suma gracia y divino candor llegó Leuconoe. En nada aparentaba formar parte de la viviente y simbólica armonía. No llevaba más que un traje blanco y aéreo, como una página en que no se ha sabido qué poner... En aquel instante nadie la envidiaba, por más que luciese su hermosura. El César preguntó la razón de su presencia, y se extrañó, cuando lo supo, viéndola tan mal destinada y tan hermosa.

—Leuconoe — dijo, con benévola ironía — no te ha tocado un gran papel. Tu poca suerte quiso que la realidad concluyera en manos de las otras, y he aquí que has debido contentarte de la ficción del poeta... Admiro tu dulce conformidad, y me complace tu homenaje, puesto que eres hermosa. Pero, ¿qué bien dirás de la región que representas, si has de evitar el engaño? ¿Qué me ofreces de allí? ¿Qué puedes afirmar que haya en tu tierra de quimera?

—Espacio — dijo con encantadora sencillez, Leuconoe. Todos sonreían.

—Espacio... — repitió César — ¡Es verdad! Sea desapa- cible o risueña, estéril o fecunda, espacio habrá en la tierra incógnita, si existe; y aun cuando ella no exista y allí donde la finja el poeta sólo esté el mar, o, acaso, el vacío pavoroso, quién duda que en el mar o en el vacío habrá espacio?... Leuconoe — prosiguió con mayor animación — tu respuesta tiene un alto sentido. Tiene, si se la considera, más de uno. Ella dice la misteriosa superioridad de lo soñado sobre lo cierto y tangible, porque está en la humana condición que no haya bien mejor que la esperanza, ni cosa real que se aventaje a la dulce incerti- dumbre del sueño.”

Repitamos las palabras de Rodó: “está en la humana con- dición que no haya bien mejor que la esperanza”. Naturalmente la tierra “más allá del Atlántico” es esta América nuestra pre- sentada por el poeta, pero más clara aún que esta certeza es la otra: es que América ha sido y sigue siendo, para el hombre, la tierra de la redención y de la esperanza, como la ha llamado muy bien José Martí.

Los nacidos aquí no pueden sosopechar siquiera lo que ha significado América para la humanidad doliente: no sólo dió ella pan al hambreado, dió también dignidad al que había caído; dió un mañana a todos los que sentían cerrarse sobre ellos la deses- peración. Dió una nueva dimensión al hombre. No hubo dis- tancia que no salvara el nombre de América: el paria de la Campania, el descontento de Lombardía, el destripaterrones de Galicia, el judío de Ucrania, todos tenían los ojos fijos sobre América, y en las contadas horas de sosiego, hablaban, todos ellos, en sus lenguas diversas, de este continente maravilloso, abierto a todos los hombres de buena voluntad.

Y si esto acontecía en los años pasados, figurémonos lo que representa, ahora, esta América nuestra para el infierno europeo. Y no sólo para los encadenados, hasta hace poco en los nefandos campos de concentración. América es el pan para los hijos hambrientos, América es el trabajo para los brazos desocupados. América es la esperanza, en fin, para todos los hombres de buena voluntad.

Los hombres de buena voluntad; son las palabras del Evangelio, y las que vibraban en el alma de los grandes que escribieron el preámbulo de nuestra Constitución, Evangelio ella misma de la dignidad humana.

No, este Continente no ha traicionado a sí mismo: nacido en el siglo XV, adulto en el XIX, abriría sus brazos a todos los hombres de buena voluntad, a toda la humanidad.

Y lo hizo, a pesar de haber sido conquistado por el país que conservaba en sí, y que acaso conserva aún, mayor estructuración medieval. América no ha traicionado a los siglos que le dieron el ser: América es un continente de civiles. Es decir, un mundo de paz.

Wells, en una gran novela, que me permito recomendar a todos, especialmente a los jóvenes: "Juana y Pedro", hace afirmar a uno de los personajes, Pedro casualmente: —La paz no es nada.

—La paz lo es todo — contesta otro.

—Pero señor — insiste Pedro — la paz es ausencia de guerra, por ende negación... un vacío. No es posible vivir en el vacío.

No, no es posible vivir en el vacío; pero, ¿es imposible dar un contenido a la paz?

—Quisiera que el mundo se hubiera hecho para la aventura de la humanidad — sigue Pedro, y revela su sueño — Quisiera que el mundo se hubiera hecho para la aventura de la humanidad; de ser así todo sería muy diferente. Hace ya veinte y cinco años que vivo en el mundo, y sepa Ud., sólo ahora comienzo a entrever el milagro de la belleza de las cosas que nosotros, los hombres, podríamos hacer y saber, si nos libertáramos de la herencia de los siglos!

Es decir si el hombre comenzara a vivir, liberado de los enconos, de las deformaciones históricas. Si el hombre destruyera las barreras que las necesidades y necedades fueron levantando, y pudiera formar la ronda de nuestra vida infantil: si los niños del mundo se diesen la mano... Oh, si los hombres se diesen la mano y enfrentasen juntos la aventura de la humanidad; la lucha contra los espantajos, las enfermedades, las miserias, el odio, el miedo, la estupidez... es decir todo lo que

separa el hombre del hombre y el hombre de Dios.

Si resurgiera en el mundo el día nuevo, prístino, y el hombre, no ya bruto que se libera trabajosamente de las ligaduras, sino ser libre y consciente, recomenzara, cantando, su jornada. Porque la vida es bella y ha de vivirse en alegría. Recuerdo el aforismo de Leonardo da Vinci: *Chi sdegnia la vita non la merita*. (Quien desprecia la vida no la merece.) No, no merece la vida, esta dulce vida, la vida del milagro renovado: el milagro del sol, el de la espiga, el del mar, el de las estrellas, quien la enturbia con sus sinsabores pequeños y mezquinos. No, no merece el nombre de humano, quien no siente lo que de divino hay en ese nombre.

Pues bien, si esta aventura grande y bella ha tenido una pequeñísima parte de realización, esa realización se ha llevado a cabo aquí, en América. Y si América no se traiciona a sí misma, si no repudia su maravilloso destino, es aquí donde ha de realizarse en su integridad.

El americano sintió que había mucho que hacer aquí, en la paz. Y ha realizado materialmente mucho y, espiritualmente, no temamos afirmarlo, espiritualmente mucho también. Es tan lento el camino del espíritu, tan silencioso, tan trabajoso que a menudo, el andar mismo pasa inadvertido.

—En qué patria — exclama José Martí, el grande entre los grandes de América — puede tener el hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas sobre las masas mudas de indios, el ruido de la pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas.”

¿No es un milagro el contemplar esta ciudad nuestra tan gigantesca y, sin embargo tan nueva, que conviven aún con nosotros los que la engrandecieron con sus manos y su inteligencia? Dos millones y medio de habitantes cuenta nuestra ciudad y entre ellos vive el primero que se inscribió en la Facultad de Filosofía y Letras.

Rafael Obligado cantaba:

Y aquellas que allí yes altas mansiones
de mil primores llenas, antes fueron
modestas granjas donde en paz latieron
más nobles y sencillos corazones.

¿Y qué fué de esas grandes mansiones? Quizás contemplando el lugar que ocupara una de ellas, Fernández Moreno suspiraba: Setenta balcones y ninguna flor.

Sí, bueno es recordar que si el hombre conoció en parte alguna la dicha de tal aventura, la conoció aquí en América, y llamó a que participasen de ella a los hombres de buena voluntad.

Lástima que al narrar la historia, al enseñarla, no se tenga el cuidado de destacar los hechos nuevos que van apareciendo, pues de hacerlo, qué hecho más significativo que el que aconteció en este continente: es decir, el que miles y miles de seres que entran y se propagan y no en son de guerra, ni habiendo mediado la terrible comunión de la sangre.

La historia no nos da ejemplo igual. Un pueblo se funde con otro pueblo por la conquista y el dominio, así los latinos con los germanos, los árabes con los iberos, los galos con los francos. Sólo los judíos entraron en el occidente sin el pacto de sangre, y, acaso, exprese el anti-semitismo, que no nace ni mucho menos con el cristianismo, aunque éste lo haga recrudecer, las últimas vibraciones del hombre azorado ante el hecho insólito.

En América, después de la conquista española, después de vencer al indio, los pueblos entraron con las solas armas de sus brazos desarmados, y de su inteligencia; vinieron como hombres, no como guerreros, y de todas las partes del mundo, y se enlazaron con los nativos, y participaron todos en la dura y divina tarea de convertir el erial en caserío. Y aquí el hombre vió que no hay razas enemigas, ni credos, ni clases sociales irreductiblemente hostiles; aquí sintió que el hombre es hermano del hombre, y que, por decirlo con Martí: "El hombre no tiene derecho especial porque pertenezca a una raza o a otra: dígame hombre y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es ni inferior ni superior a ningún otro hombre; el blanco, por blanco, no es ni superior ni inferior a ningún otro hombre; peca por redundante el blanco que dice: mi raza; peca por redundante el negro que dice: mi raza. Todo lo que divide a los hombres, todo lo que especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad... Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro".

Esto lo ha dicho José Martí, el hombre que sintió, como

nadie, la voz de América; el hombre que supo expresarla como nadie, y el que murió para que se realizara su sueño, que era, en esencia, americano, no cubano: "América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y abominar de todo lo que los aparte".

Por ello he creído indispensable el sumergirnos en el ser maravilloso que es Don José Martí, en este momento, en que necesitamos escudriñar en esta América nuestra, a fin de saber la responsabilidad que nos incumbe en las horas de prueba que vivimos y en las sombrías que nos acechan.

La libertad de Cuba está ante nosotros como arco sostenido por dos cariátides: Heredia y Martí. Heredia fué el poeta de la revolución frustrada; Martí el de su realización.

No comparemos a Heredia con Martí; no insistamos sobre el desdichado episodio de la carta al general Tacón: muchos años habían transcurrido y la nostalgia de la tierra doblaba al más viril. Recordemos en cambio al Heredia de 1824. Al Heredia joven, casi niño, que, condenado a la pena del destierro, escribe a su madre: "Me ha dado mucho gusto por ver que ha recibido su merced con la misma igualdad de ánimo que yo la inicua sentencia de expatriación" y sigue: "Ya le he dicho que no quiero indulto... aún cuando se consiga; no pienso volver a vivir en Cuba bajo las circunstancias actuales. ¿Yo habría de ir a que me perdonasen como reo, digo, a que me mirasen como reo perdonado, a que las familias de tanto infeliz me maldigan y creyesen todos que había comprado tal favor con una infamia grande y secreta?"

O recordemos al poeta que, amamantado a los pechos del saber clásico, sabía exclamar:

Es un criminal quien deja que respire
un ciudadano que reinar pretende;
la libertad exige su castigo,
y los republicanos verdaderos
lazos de sangre y de amistad olvidan
cuando la libertad pide venganza.

O recordemos los acentos románticos del muchacho menor de veinte años:

Todo parece
por ley universal. Aun este mundo
tan bello y tan brillante que habitamos,

es el cadáver pálido y deforme
de otro mundo que fué...

La vida desgasta y pocos son los templos que pasan incólumes a través de los embates de los años.

José Martí fué uno de ellos.

Martí, como todo buen americano, lo ha sido todo: maestro, periodista, orador, polemista, crítico, poeta. Sobre todo poeta; hay en Martí el ser privilegiado que sabe ver el mundo en belleza y que sabe que bien merece la pena el morir por ella. La libertad era su religión, pero la poesía el culto de la libertad. "La poesía — exclamaba — aquieta y hermosea lo presente, deduce e ilumina lo futuro, y explica el propósito inefable y la seductora bondad del universo".

La poesía que explica la seductora bondad del universo: la poesía que lleva a la bondad; he aquí la senda que la educación está descuidando: educar por la sensibilidad. Despertar en el hombre la reacción súbita, irrefrenable, ante lo mezquino, lo torpe, lo tonto. No hay precepto moral que no pueda claudicar, no hay enseñanza religiosa que no pueda fallar si no se han transformado en sensibilidad; si no se transformaron en el culto de lo bello, o como decía Martí, en el de la poesía.

Martí era fundamentalmente un poeta, como Echeverría, y como Echeverría fué desviado de su senda por la "pietas" hacia la patria en cadenas.

Cuánto escribió Martí: centenares y centenares de páginas, nacidas todas ellas del dolor de la herida de sus entrañas; del dolor de su patria tan pequeña y domeñada e inerte, pero que, de vez en cuando, daba a luz a seres tan extraordinarios que sabían indicarle la ruta de la libertad.

Martí escribe, escribe siempre, pues sabe que es necesario convencer, acuciar, irritar si se quiere despertar a los que duermen. Escribe y su escribir es un desplegar de trincheras, trincheras de papel y de tinta, pero: "Trincheras de papel valen más que trincheras de piedra", afirmaba y, en efecto es así, cuando detrás de la pluma está una mano que sabe empuñar el fusil y defender con su sangre la sangre de sus ideas.

Pensar, escudriñar, saber lo que se quiere y lo que se debe

hacer, saber lo que es y lo que debe ser esta América por la cual tantos lucharon y tantos han de luchar, esta era la finalidad de las meditaciones de José Martí. No basta la independencia — afirmaba — si esta va “a perpetuar con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia”.

Cuba lucha al finalizar el siglo XIX, y los problemas sociales se entreveran y anudan con los políticos; si a comienzo de siglo bastaba la simple idea de la libertad, a fines del mismo siglo no basta. Es necesario conocer el país, saber quién lo gobernará y cómo se gobernará. Los tiranos locales no son menos execrables y temibles que las opresiones foráneas y América tuvo su triste experiencia: “Conocer es resolver. Conocer el país y gobernarlo conforme el conocimiento es el único modo de librarlo de tiranías”. De no mediar el conocimiento, de no primar la cultura en el medio: “los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano...” Es la lección que aprendió de Sarmiento.

“Estos tiempos — insiste — no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan Castellanos; las armas del juicio que vencen a las otras”.

El enemigo no es forzosamente el nacido en otras playas, el enemigo puede ser de nuestra propia sangre, la historia nos lo enseña y la historia de América sobre todo: el enemigo de la patria es el de la libertad, machaca Martí, que recela, a menudo, de los militares: “La Patria no es de nadie; y si es de alguien, y esto sólo en espíritu, será de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”, y dirigiendo la flecha hacia un blanco más preciso: “Quien confunda con la gran política necesaria para la fundación de un pueblo, una política de tienda de campaña o de antesala, ése no entra en la medida de los salvadores”.

Los españoles lo envían a presidio, la república de España defrauda sus esperanzas, y ¡qué terrible el golpe para quien no dividía a los hombres por raza, sino por ideología! ¿Es que no comprendían los republicanos españoles que traicionaban a su mismo ideal al aferrarse a la prepotencia del imperialismo monárquico? Y Martí contesta al brindis de Cristino Martos por

Cuba española: "Mi patria escribe con sangre su resolución irrevocable. Sobre los cadáveres de sus hijos se alza a decir que desea firmemente su independencia. Y luchan y mueren. Y mueren tanto los hijos de la península como los hijos de mi patria. No espantará a la República española saber que los españoles mueren por combatir a otros republicanos?"

No ya españoles contra americanos, sino republicanos contra republicanos: el que se dice republicano debe de haber superado el estadio del hombre que necesita determinación; el hombre no es la planta en su terrón, es un ser libre, hermano de otros seres libres.

"No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos... La guerra no es contra el español, sino contra la codicia y la incapacidad de España. El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia. Los españoles, que aborrecen el país de sus hijos, serán extirpados por la guerra que han hecho necesaria. Los españoles que aman a sus hijos vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha".

He aquí la voz de América. La raza y la casta son mitos, este continente nos lo ha enseñado: todas las divisiones son convencionales menos una, la de los hombres de buena voluntad y la de los hombres que carecen de ella.

Nada impide esta unión: —"No hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas".

Ni las razas dividen, ni el credo religioso debe dividir, porque "las religiones todas son iguales: puestas una sobre otra, no

se lleva ni un codo ni una punta. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios". Absurdo es llevar a la escuela la enseñanza sectaria del catolicismo: "Ya no vestimos sayo de cutí, ya sabemos que los obispos no vienen del cielo, ya sabemos por qué medios humanos, por qué conveniencias de mera administración, por que ligas culpables con los príncipes, por que contratos inmundos e indulgencias vergonzosas se ha ido levantando, todo de manos de hombres, todo como simple forma de gobierno, ese edificio impuro del papado".

El hombre es uno y "se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo" y la misión de América será precisamente la de "promover todo lo que acerque a los pueblos, y abominar de todo lo que los aparte... Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la actividad fecundante y legítima de todos los pueblos".

Conceptos todos que un gran estadista argentino ha encerrado en una sola frase: "América para la humanidad".

A menudo se ha contrapuesto esta frase argentina a la de Monroe: "América para los americanos". Y muchos no sospechan siquiera que en estas dos frases siguen viviendo los dos enfoques que de antiguo se debaten en el espíritu humano: tribu o universalidad. Aldea o ciudad. Mundo germano-semita o mundo latino.

No nos extrañemos que esta parte del continente haya respondido con "América para la humanidad". No en balde se lo llama o se lo ha llamado América latina.

(Y que se me permita un paréntesis: ¿no es significativo que el resurgimiento hispánico más cerril, o por decirlo con Martí, el resurgimiento de la mala España, coincida con el deseo de relegar el nombre de América latina y reemplazarlo por el de América española? Sabemos nosotros cuál es el sentido de la palabra hispanidad dada por ciertos españoles, y lo sabemos mejor que Martí, pues nosotros hemos presenciado lo que no presencié Martí: el éxodo de los mejores, peregrinos en esta

tierra de América; la agonía de Antonio Machado, de nuestro tan querido Antonio Machado, por los caminos inhospitalarios de Francia; el cadáver de García Lorca, el más grande español de este siglo... y medio millón de seres, no amparados por la fortuna, ni por el renombre enfrentarlo todo, hambre, frío, muerte. Y vimos nuestra España, a la de Galdós y de Larra destrozada deshecha... ¿a qué seguir si todos lo sabemos todo?)

No en balde — repito — se ha llamado o se llama aún a esta parte del continente América latina, y no en balde nos llamamos a nosotros mismos latinos. Los latinos fueron los solos que concibieron el concepto de humanidad como unidad. Fernando Gregorovius encierra la importancia de la obra romana, que, a menudo, se achaca de poca originalidad, y de poco valor comparada con la realizada por Grecia, en estas palabras: “Los griegos crean el cosmos del espíritu, pero en el orden político lo manifiestan sólo en un sistema de colonias, de donde el estado helénico sigue siendo un estado individual, o sea una federación. Fuera de Grecia hay bárbaros despreciados, como fuera del estado teocrático del mosaísmo hay paganos despreciados. Si Alejandro, quien por primera y última vez, entrevió la idea de un imperio helénico, hubiera dirigido hacia occidente sus designios, el ordenamiento político del mundo no hubiera sido distinto de aquel que volvió el Oriente súbdito de Grecia.

Sólo Roma cumplió lo que Grecia, por fortuna para el libre desarrollo del espíritu humano, no llevó a cabo...

Las barreras que Grecia había levantado entre ella y los bárbaros, que Israel había levantado entre él y los paganos, cayeron en el estado universal de los romanos, en el cual todas las formas de cultura fueron acogidas, todas las religiones tuvieron libre culto, todas las naciones el derecho civil. De tal manera la unidad del linaje humano civilizado tuvo representación en el concepto de República Romana, cuyo jefe electo y supremo era el emperador, y ciudad capital era “Roma, áurea, eterna” milagro de las tierras habitadas, flor y monumento de la historia del mundo”.

Por todo ello la raza latina es la sola que no se apoya en la sangre. La raza latina nace, como Minerva, del cerebro del hombre. ¿Quién que no tenga sangre semita se llamará semita?

¿Quién que no sea de sangre germana se llamará germano? Pero ¿quién pregunta al latino su origen?

Américo Castro, en esta última visita suya contaba de un negro que, en un discurso político, gritaba, levantando los brazos flacos y retintos: "Nosotros, los latinos..." Y como alguien dijera: —Y ¿por qué no? Calló él un instante: Pues ¿por qué no?

No, no hay razón alguna que impida a un negro el llamarse latino. El latino se ha liberado del clan, de la tribu, de la aldea. El latino fué el creador de ciudades, y no es por casualidad que a Italia, la tierra latina por excelencia, se le llame la tierra de las cien ciudades. La ciudad nace siempre bajo el signo de la universalidad; los mercaderes italianos y flamencos han hecho más por la unificación de Europa que todos los ejércitos juntos. Un latino puede haber nacido en cualquier parte, porque latinidad más que ser es un querer ser, es una senda a recorrer, es un destino a cumplir. La raza semita es un pasado que impide avanzar y busca en la separación la solución de sus problemas, es decir, encerrándose en la tribu; la raza latina es un futuro que obliga a andar, y busca su solución en la confederación de pueblos. El latino no teme transvasarse en los demás pueblos, porque todo es uno. Naturalmente la romanidad de Mussolini es la expresión antitética de la latinidad, porque era un retrotraerse a la aldea, a la añeja ciudad de piedra y lodo que Rómulo construyó y que para la latinidad no tiene importancia alguna.

Ninguna marca especial marca al latino, porque no busca diferenciarse sino fundirse, porque el latino es el habitante del mundo, y así lo entendió San Pablo, el solo de los apóstoles que podía ostentar el título de "civis romanus", el que no necesitó conocer carnalmente a Cristo para adorarlo y el que no lo renegó jamás.

Esta búsqueda de la universalidad, esta ansia de universalidad, la presenciamos siempre en lo más profundo del hombre latino, aun en aquellos que, por falta de cultura, no han sabido desgarrarse de la aldea. ¿Se preguntaron alguna vez por qué el antisemitismo repugnó a los italianos más que cualquier otro abuso fascista? ¿Por qué la enseñanza religiosa, aún a los creyentes, nos parece un retroceso? Porque "todo lo que divide al hombre, todo lo que especifica, aparta o acorrala es un pecado

contra la humanidad". (Martí).

Es el viejo mundo latino que vive en nosotros el que inspira las palabras de Martí, el que inspira la frase lapidaria de Saenz Peña; es la vieja idea que busca realizarse aquí, como buscó realizarse en el viejo mundo: por la fuerza, cuando la conquista romana; por la fe, cuando el cristianismo romano; por la cultura, cuando la resurrección del saber romano. Y que los bárbaros destruyeron una y otra vez.

Es el mundo universo que vive en nosotros y que puja por realizarse en estas tierras feraces y desiertas, adonde han llegado de todas las partes del mundo los hombres de buena voluntad. Sí, eso sí es necesario: tener buena voluntad para iniciar la aventura, la magna aventura que vuelva realidad el sueño con que se inició nuestra época: igualdad, fraternidad, y, encerrándolas en la palabra que lo involucra todo: libertad.

Conferencia pronunciada el 20 de Septiembre en la filial de Bahía Blanca.

Algunos temas lugonianos

por JUAN CARLOS GHIANO

En un análisis de la unidad característica de la creación literaria pueden distinguirse: el momento de conciencia que ha dado origen a la obra, el objeto que sirve de cristalización a ese momento de conciencia, la intuición intransferible, la contextura racional, comunicativa, y el material lingüístico. Puede considerarse como "tema literario" el aspecto de la realidad — acatamiento o fuga — en el cual se encarna el especial estado de conciencia. La elección de los temas permite seguir en línea básica los caracteres de un poeta o de una generación literaria o de una literatura; tres obras ejemplares en estos tres sectores de la investigación literaria: Ilse Bruger, *El problema de la muerte en Rainer María Rilke*, Doris King de Vázquez Arjona, *La Voluntad and Abulia in Contemporary Spanish Ideology*, Karl Vossler, *La soledad en la poesía española*.

En nuestra literatura el estudio de los temas puede servir para concretar el significado de la "Argentina invisible": el estudio de Sarmiento, Alberdi, Echeverría, Mitre, Payró, Rojas, Lugones, Mallea, Canal Feijóo, Martínez Estrada. Habría que profundizar este estudio en Enrique Banchs, Jorge Luis Borges, sobre todo en *Ficciones*, y la humanísima Victoria Ocampo de las dos series de *Testimonios*, que nos presentan un sector decisivo de la literatura argentina; en estos escritores los temas están lejos de toda limitación nacionalista en realidades físicas o hu-

manas, pero interesa por eso mismo el matiz de enfoque, el signo de la literatura argentina como capacidad de captación de valores temáticos extranacionales. Borges ha comprendido bien este problema, que es el suyo, especialmente el de su obra última: "La categoría geográfico-sentimental argentino nada tiene que ver con lo estético... Ciertos poemas que deliberadamente huyen el color temporal y el color vocal — verbigracia, los lúcidos sonetos de Enrique Banchs — son sin habérselo propuesto, muy argentinos" (1).

En Lugones el problema es distinto. Lugones buscó deliberadamente lo argentino, a veces con limitaciones extrañas a la cultura, como en sus últimos años, por eso el valor lugoniano está en el proponerse soluciones, en el enfoque y, característicamente, en los fracasos agrandados por su especial significado de neto representante de la cultura argentina.

Cada país cuenta con algunos escritores, no muchos, que en diferentes momentos de la vida nacional sintetizan todos los acordes de esa vida con una netitud que permite estudiar en ellos el momento de la comunidad. En América el módulo de esos escritores es más agudo que en otros países: la gran mayoría de nuestros hombres de letras han sido también hombres políticos, con la conciencia de que en las naciones americanas no puede vivirse únicamente en el exclusivo lujo espiritual, gravoso lujo, de la creación artística.

Es el caso característico argentino, señalado así por Lugones:

"Aquí donde siempre se consideró a los escritores como parias de la política, nunca hubo grandes resultados políticos que no tuvieran alguno por iniciador".

Cita a Moreno, Echeverría, Alberdi, Mitre y Sarmiento. De este último, el mejor representante argentino, señala:

"Sarmiento, más que un hombre, es una época. Cuando el tiempo superponga en una sola perspectiva los diversos planos históricos, aquel fenómeno genial denominará una era".

"La colosal impulsión de su vida, su vasto ensueño de patria, provienen de la pasión de ser útil. El, tan combatido, tan desamparado, tan solo, asume hasta el sacrificio el noble anhelo de ayudar. Pásase la vida aprendiendo para enseñar, y buscando cosas útiles para su país. En su caridad humana, al uso estoico,

vale tanto la compasión como la dádiva.

“Había asumido la responsabilidad del país considerándose un perpetuo representante suyo, con esa fogosidad absorbente de los grandes amores. Por eso se encolerizaba con sus deficiencias y sus retardos, aplicándole hasta hacerle sangre la vara desnuda de la verdad” (2).

Justas palabras que pueden aplicarse — con las consiguientes diferencias — al mismo Lugones.

En América los hombres de letras se dedican a la política en busca de solución a sus problemas más urgentes como miembros de la comunidad nacional; contemporáneamente hay ejemplos ilustres: Gallegos en Venezuela, Reyes en Méjico, Frugoni en el Uruguay, Sánchez en el Perú. Se ha intensificado así una conducta entrañablemente española: en España debe buscarse la meditación política en las obras de los espíritus más destacados — espíritus más alertas — del sector de escritores. La prueba más cercana la tenemos en los años de la Guerra civil.

Lugones está, intensificado y proteico, en la línea de los literatos políticos, por eso es necesario situar, aunque sea someramente, la época cultural y política en que le tocó actuar.

Lugones aparece en la vida argentina luego de una de las crisis más significativas de nuestra historia política: la que determinó la Revolución del 90. En esos años la población del país había aumentado en forma notable, sin completar la asimilación; al mismo tiempo, las características de la población más antigua — “el patriciado argentino” — iban desapareciendo. A esto debe agregarse la situación de ilusorio progreso en que se vivía económicamente: vida de civilización desmesurada sobre la vida de la cultura. El ferrocarril, con influencias desgraciadas sobre poblaciones del interior como ha señalado Canal Feijóo, se extendía con rapidez asombrosa; se construían muelles, barracas, toda clase de obras públicas; nuevas líneas de navegación unían con Europa; La Bolsa, cuyo drama captó Martel en su conocida novela, conmovía el ambiente nacional: la fiebre económica confunde la moral social que hasta entonces había sido patrimonio argentino.

Los poetas de la generación de Olegario Andrade, “el poeta de las cumbres”, pudieron dedicarse a la poesía de celebración,

dentro del positivismo exaltador del Estado perfecto. Hoy, pasadas dos o tres generaciones, se descubre el gesto grandilocuente, la prosopopeya vacía, tan lejos de la realidad de los problemas argentinos.

La Revolución del 90 — característica de casi todas nuestras revoluciones — significó el balance de la situación política, pero no alcanzó a dar la solución esperada. Se diseña entonces el panorama político que dura casi hasta nuestros días y que, en su primer momento, hasta 1916 aproximadamente, motivó una de las épocas más interesantes de la política argentina:

“...pocas veces ha alcanzado el civismo argentino grado más admirable de honradez colectiva como en aquellos años de organización decente y repudio de la oligarquía. Los años que precedieron inmediatamente al 1916 fueron el digno y recio advenimiento a la política de unos hombres que sentían la cosa pública bajo especie de actuante probidad”, asegura Eduardo Mallea (3).

Entre los años de 1862 a 1880, bajo las presidencias de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, actuaron Fidel López, Rawson, de Irigoyen, Tejedor, Gutiérrez, Cané, Pellegrini, Wilde, Estrada, Goyena, Zeballos. La generación literaria del 80 es de renovación, pero una renovación de raíces vueltas hacia afuera. Aunque algunos, Wilde por ejemplo, fueron analizadores agudos, les faltó el amor de consentimiento para humanizar nacionalmente su obra; no sentían el problema humano del país como lo había vivido Sarmiento, nuestro político y escritor más genialmente nacional. Necesitaremos llegar a Lugones para proseguir la línea casi interrumpida después del sanjuanino: la veneración estudiosa hacia Sarmiento nos señala un aspecto fundamental en Lugones. Hoy nuestras conciencias más alertas buscan el ejemplo sarmientino, siempre en la misma línea esencial.

Cuando Lugones llega a la literatura, el modernismo era la conformación literaria nueva por obra de su jefe indiscutido Darío, huésped argentino entonces. Juan Ramón Jiménez, que amplía el concepto de modernismo a designación de una tendencia general de época, afirma que es “un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza” (4), traducido literalmente en la amplitud temática y en el cuidado y refinamiento del material lingüístico. Díez Canedo llama al modernismo “influencia

de retorno" (5): influjo del espíritu americano sobre la cultura de España, dentro de las normas generales del pensamiento y la poesía hispanoamericanos.

El hombre y la obra.

La vida de Lugones es ejemplo de rectitud para consigo mismo; entendía la moral y la austeridad como virtudes primeras de la actuación pública y de la privada. Eduardo Mallea, juez insospechable, destaca en Lugones "La vocación de moralidad y el ejercicio de moralista" y agrega estas palabras: "Este exponente de máximas virtudes populares no era sin embargo popular. La austeridad no se ama. Se padece, se admira, a veces se sigue; pero no se ama. No amamos más que a lo que nos ayuda; nunca a lo que no nos perdona" (6).

Leopoldo Lugones y Argüello nació en la Villa de María del Río Seco, Córdoba, casi Santiago. En el recato de la Córdoba del 90 fué el inesperado anarquista de ilustre familia. Muy pronto abandonó los estudios regulares, e inició en el periodismo cordobés una vasta colaboración con el seudónimo de Gil Paz.

Para el joven Lugones, dolido por amplitud, el panorama cordobés era naturalmente estrecho; decide entonces el viaje a Buenos Aires, ciudad que cree de liberación; después las liberaciones serán intentadas por el camino incisivo del pensamiento Buenos Aires abre a Lugones el camino de la vida literaria y el más resbaladizo de la política; desde entonces su vida, sus ideas, su prédica, su papel de encarnación argentina, está en sus libros y artículos, vida humanamente cercana en la diaria actuación periodística. En esta obra deben buscarse los temas esenciales, los que determinan su evolución y nos dan en Lugones el producto típico de una cultura en formación, en donde la vida intelectual se basa en una situación especialísima a la vez, vida profundamente ética como deber de quien se siente conciencia representativa.

El 19 de febrero de 1938, por propia voluntad, terminó la trayectoria de su vida.

La evolución política de Lugones puede sintetizarse en estos términos: desde sus años de Córdoba a primeros de Buenos Aires, socialista de tipo exaltado; a principios de la otra ya gran

guerra, sus ideales fueron democráticos, representada la democracia por las naciones aliadas, especialmente Francia; hacia 1923 se convirtió en anunciador de la "Hora de la Espada", de la revolución y reorganización militar; conjuntamente, se desarrolla una evolución religiosa hacia un no consumado acercamiento a Cristo.

Borges comenta así la evolución de Lugones:

"El hombre que es sincero y meditativo no puede no cambiar: sólo no cambian los políticos. Para ellos el fraude electoral y la prédica democrática no son incompatibles" (7).

Alude así a la actitud más profunda de Lugones, quien entendió la política en altísimo nivel ideológico. El mismo Borges señala la norma que debe observar la crítica con respecto a este muerto ilustre.

"En vida, Lugones era juzgado por el último artículo ocasional que su indiferencia había consentido. Muerto, tiene el derecho póstumo de que lo juzguen por su obra más alta".

La idea básica del juicio es exacta, pero no puede aceptarse la diferenciación señalada por Borges, ya que Lugones elaboraba su artículo periodístico con la misma pasión — semejante en esto a Unamuno — con que elaboraba su obra más meditada. Esto explica el sentido magisterial y a veces violento de toda la obra de Lugones, quien "solía tirar el argumento a la cabeza del adversario", como él mismo dijo de Sarmiento.

En la obra de Lugones puede anotarse la persistencia de dos temas esenciales: la búsqueda de sí mismo (problema de todo artista, pero en Lugones con especial enfoque) y la valoración de la realidad argentina humana y geográfica. Estos temas aparecen mezclados porque Lugones poseía la certeza de su inteligencia y del nivel que su observación lograba como exponente de inquietudes nacionales.

En 1987 aparece en Buenos Aires el primer libro de Lugones, *Las montañas de oro*, deliberadamente caótico y extraño, con influencias conjuntas de Hugo, de Poe y de Whitman, en poemas que aunan la retórica romántica con los nuevos ideales socialistas. Un lenguaje muy particular: adjetivos cromáticos de recordada precisión, violentas oposiciones, vocablos del léxico científico y del filosófico: mucho efectismo dentro de la voluntad de

estilo, a veces violenta, que será una de las mejores características literarias de Lugones. La impresión y la ortografía simplificada son otras modalidades lugonianas de "épater le bourgeois".

El tono general del libro es efecto del deslumbramiento utópico que en Lugones habían producido las nuevas teorías socialistas, vistas por él como temas literarios y no como principios que imponían vigencia actuadora: un problema agudo en nuestros socialistas y todo un síntoma intelectual argentino. Sin embargo, el dirigente Mario Bravo ha afirmado: "Aun cuando su paso por las filas de la izquierda social haya sido breve, él ha estado en la lucha; él ha dado con generosidad su contribución de talento, de intrepidez, de rebeldía" (8).

En aquellos años publica Lugones la obra en prosa más representativa de su primera época: *La guerra gaucha* (1905), exacta visión de hombres y paisajes norteros, libro digno de exaltar esa epopeya en girones que fué la guerra anónima del Norte. Este libro es uno de los más trabajados que hay en nuestra literatura, obra rica en amplitud de vocabulario, sustentado por un estudio profundo de los recursos del español, según constante preocupación de Lugones. El prólogo de este libro es muy claro en la determinación de la labor argentina dentro del idioma general: incorporación del matiz distintivo e intransferible de lo argentino. En *El payador* (1916) desarrollará ampliamente estas ideas.

En 1910 el Centenario de la Nación afianza a Lugones en sus problemas nacionales. En *Prometeo, un proscrito del Sol* pueden distinguirse dos temas básicos: uno general, la vuelta hacia la antigüedad clásica como programa cultural — liberación ideológica y espiritual — y la consiguiente condena de la civilización cristiana que considera en conjunto "menos moral, menos estética y menos filosófica"; el otro tema es argentino: reconoce que el país ha adelantado en cuanto a civilización, pero le duele y preocupa el desequilibrio espiritual: la dualidad que señala el sociólogo Mac Iver: "Nuestra cultura es lo que somos; nuestra civilización, lo que usamos". Lugones repite con insistencia: "Urge sobre todas las cosas, la espiritualización del país"; busca solución a su problema y al nacional en el conocimiento y estudio de la antigüedad greco-latina y publica poco después sus estu-

dios helénicos y traducciones de Homero, que merecieron el elogio del grecista español Segalá y Estalella. Confluyen así en la obra lugoniana el problema cultural propio y el de la Nación.

Como ofrenda poética al Centenario escribe las *Odas seculares*, según el modelo del *Carmen Saeculare* de Horacio que, junto con Virgilio, señalan los precedentes clásicos de esta poesía de celebración. La obra lugoniana, síntesis de procedimientos en unidad de estilo, es rebuscadamente nacional en temas e interpretaciones. No siempre se mantiene en los poemas el nivel poético, pero hay ejemplos ilustres, dignos de la magnitud que se conforma: la celebración de la Patria en sus héroes, sus paisajes, sus riquezas, sus ciudades patricias: todo plural y con un lujo de léxico desbordante (especialmente en la rima).

Otra línea de definición busca Lugones en figuras nacionales que puedan servir de ejemplo en la seguridad de la obra hecha y en lo dejado como aspiración: surgen así dos semblanzas históricas, *Historia de Sarmiento* (1911) y *Elogio de Ameghino* (1913). *Historia de Sarmiento* es obra apresurada, a veces superficial; no se analizan los problemas sociológicos y culturales planteados por la obra sarmientina, pero Lugones comprendió con seguridad la misión del sanjuanino y señaló con agudeza los problemas políticos suscitados por federales y unitarios; algunos capítulos son ya clásicos en la bibliografía sarmientina.

Otros dos libros significativos de aquella época: *El libro de los paisajes* (1915), verso, y *El payador* (1916). Este libro está dentro de los estudios con que Lugones intentó entroncar nuestra vida nacional con Grecia: retoma el estudio del *Martín Fierro* para señalar la prosapia de nuestro cantor popular y su obra en el rapsodo y la poesía homéricos; cumplía así con su plan de espiritualización del país, que en *Prometeo* había juzgado tan urgente: noble tarea que dió como resultado un mejor conocimiento de nuestra literatura gauchesca, aunque no siempre el enfoque lugoniano fuera acertado.

Mientras, en el panorama mundial ocurre la guerra del 14. No se trataba de una guerra más, sino que se la interpretó sincrónicamente como la solución de una época y de una serie de problemas que afectaron la vida política de todos los países, no sólo de los tocados directamente por ella. En nuestro país, Lugo-

nes, sismógrafo ideal, entendió el significado de la contienda como oposición de dos modalidades históricas: la germana y la latina; prueba de ello son sus artículos periodísticos recogidos en un libro de 1917, *Mi beligerancia*, libro que, en la guerra más próxima, conservaba todavía vigencia para el planteo de nuestras relaciones con los países en guerra.

En el prólogo de *Mi beligerancia* expone su primera teoría histórica:

“El cristianismo, una de las tantas religiones destinadas a divinizar, para eternizarlo, el dogma asiático de la obediencia, o derecho divino, o principio de autoridad, interrumpió con su triunfo la evolución del paganismo greco-latino hacia la libertad plenaria que es, de suyo, la libertad individual, fracaso que había comenzado con la introducción del cesarismo oriental en Roma, y con la orientalización despótica de los generales de Alejandro”.

El problema histórico como conflicto entre Paganismo y Cristianismo era resuelto sobre una base superficial que confundió la primera solución histórica de Lugones a favor del Paganismo, como la solución posterior a favor del Cristianismo, cuya profundidad humana, no organizativa, nunca fué comprendida por Lugones. El programa afirmativo de un Maritain, por ejemplo, sirve para señalar por oposición el error lugoniano sobre el sentido de la “política cristiana”.

A partir de 1920 comienza para Lugones la crisis de sus ideales democráticos, de “sus ideales”, no de los ideales democráticos. Para Lugones la política fué en primer término meditación personalísima, su error estuvo en pretender validez nacional para lo que fué el desmoronarse de un ideal político elevado a categoría utópica. En cruz de camino, parece decidirse por un escepticismo elegantemente expresado, pero en Lugones quedaba siempre un fondo afirmativo dado por la seguridad de creer bien cumplida su misión.

En *Filosofícula* (1924) se recoge la forma más extrema del escepticismo lugoniano, pero las actitudes sin afirmativas no duraban en la vitalidad lugoniana — semejante en esto a la vitalidad asombrosa del país, tan rápidamente repuesto en toda clase de crisis —. En el mismo libro, en la poesía “El espejo de Eufro-

sina" hay una segura afirmación de programa "para lo verdadero, lo bueno y lo bello".

Hacia 1924 comenzó Lugones a expresar decididamente su nueva posición ideológica expuesta con amplitud en "El discurso del centenario de Ayacucho", pronunciado en Lima en enero de 1925. Reconoce el fracaso del liberalismo y de la democracia, no indaga las causas de este aparente fracaso — análisis realizado luego incompletamente — y afirma como remedio el retorno de la "hora de la espada":

"La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad".

Con este sentido condena Lugones a la plebe y a la burguesía, pero sigue confiando plenamente en el pueblo, entidad desatendida y alejada de sus derechos; busca además, como siempre, el sentido moral que fundamente sus aseveraciones.

Igual base ideológica e idénticos llamados al "alma heroica del pueblo" tienen las conferencias dominicales de "El Coliseo" y los artículos publicados en la prensa durante varios años; pueden leerse coleccionados en los tomos: *La organización de la paz*, *La patria fuerte*, *La grande Argentina*, *Política revolucionaria* y *El estado equitativo*, títulos que señalan otros tantos temas de la prédica.

La reacción de Lugones era previsible en un hombre lleno de pasión, sin medias tintas en sus predilecciones y condenas. Cuesta acompañar entonces a Lugones; la profundidad democrática del pueblo argentino, aunque nebulosamente comprendida y escasamente expresable en la mayoría de los ciudadanos, reaccionó frente a Lugones con la decisión que ha demostrado ante todos los extremismos políticos. Lugones representó entonces las dudas de muchos y también sus deseos: los representó como una voz ilustre que no podía atenderse sino como síntoma de crisis, de problema no resuelto. Había olvidado aquella afirmación básica que expresara en 1911, analizando la obra de los organizadores del país:

"Alberdi, el más capaz de todos, sabía ya en 1837 que la

democracia, antes que forma de gobierno, es un estado humano característico del moderno ciclo histórico. Consideraba la soberanía popular como el poder colectivo de practicar el bien público, bajo regla inviolable de justicia. "El pueblo no es soberano sino de lo justo". Por esto, su soberanía consiste en impedir que se atente contra la libertad individual, de la cual no es soberano" (9).

El análisis político de Lugones se vió engañado por lo observado en Italia y Alemania entre 1922 y 1935; Lugones no fué el único engañado ni en América ni en nuestro país, en donde era fácil que se produjera una engañosa perspectiva para una situación inexactamente comprendida hasta por los mismos europeos.

Hasta entonces Lugones no había buscado apoyarse en su prosapia castiza; el reconocimiento a España, aparte de las referencias en las obras políticas, comienza poéticamente en *Poemas solariegos* (1928). Este reconocimiento coincide con un sintomático acercarse a Cristo, llevado al Cristianismo por el fervor admirativo que le despertan la obra colonizadora de los misioneros españoles en América y la profundidad romana de la organización eclesiástica: el Cristianismo ligado a la Latinidad. Del análisis de sus últimas obras se desprende que Lugones rondó el Cristianismo sin penetrar su espíritu: puede en consiguiente hacerse de su evolución religiosa otro más de los problemas ideológicos que lo combatieron y a los cuales ofreció su genio de escritor.

En la obra póstuma inconclusa, *Roca*, está expresada la nueva concepción histórica de Lugones, que debe compararse con la de 1917:

"El objeto de la historia es... averiguar cómo se formó la nación, para saber de qué modo hay que seguir construyéndola. Cuanto más hondo arraigue ella en la entraña de la civilización a que pertenezca, mayormente fortificará su vitalidad y su carácter. La continuidad histórica es garantía de solidez.

"La unidad de la acción colectiva tiene que manifestarse encarnando en un director; y para atenerme nada más que a nuestra filiación latina, tal fué durante el paganismo la formación del Imperio Romano, lograda al cabo de una experiencia multiseccular como el mejor resultado político que se conozca, y tal es,

en la continuidad histórica, la Cristiandad o "cuerpo de Cristo", según se la define a consecuencia de la encarnación redentora; por donde vemos realmente que, cuanto más espiritual, mayor eficacia congregante posee la susodicha dirección.

"De este modo, pues, no hay civilización completa sin latinidad; o mejor dicho, la civilización es cosa romana como la ciudadanía de idéntico sentido esencial; y por lo mismo, también, el cristianismo perfecto es el católico romano".

En el conflicto de directivas históricas — Cristianismo frente a Paganismo — Lugones se había decidido por el primer término, muy peculiarmente comprendido y mezclado con una apología militarista inexcusable.

Atendiendo a la síntesis de José Gaos:

"La historia del pensamiento occidental desde la Edad Media es la de una alternación de pensamiento expresión de la creciente modernidad anticristiana, inmanentista, y de pensamiento expresión de restauraciones de la *christiana philosophia*, de reacciones contra la modernidad. Expresión, en conjunto, del proceso de transformación de la comunión católica en la sociedad moderna. Lo que le da su unidad" (10).

puede decirse que Lugones cumplió esta alternación dentro de una línea muy marcada en el pensamiento hispanoamericano actual, en el cual la reacción contra la modernidad ha tomado aspectos tan insospechados.

Paralelamente, los dieciocho extensos poemas que formaron los *Romances del Río Seco*, también póstumos, lo muestran en pleno dominio del tema popular, buscando las leyendas del pueblo, payador él mismo. Estos romances celebran a héroes populares de nuestra vida independiente y de nuestras guerras civiles o costumbres y tipos de un pasado que se afirmaba en Lugones como único tema literario.

Se cierran con los temas de su tierra — "Esto no es para extranjeros" afirmó Lugones — las obras de un poeta que intentó decir la Patria, cuya realidad física y humana fué conquistando en observación amorosa, sin fatigas, aunque al final desvirtuara su alcance con limitaciones que no caben intencionalmente dentro del campo del espíritu. Sus libros no nos han dicho toda la Argentina — ningún libro nuestro lo ha logrado todavía — pero

lo que de ella han celebrado es bastante como para que se los pueda considerar jalones importantísimos de ese libro nuestro que aguardamos.

Esta apretada síntesis puede servir para explicarnos el suicidio de Lugones. Los distintos caminos de sus construcciones ideológicas habían resultado fallidos, quizás (o sin quizás) se insinuaba esta certeza para su última ideología; Lugones no podía volverse atrás, no podía rehacer caminos aunque se reabrieran certeros: era el drama de su orgullo intelectual; la única huida posible, el suicidio. Este vendría a ser la mejor prueba del fracaso lugoniano.

La otra gran tráfuga, dolida de la carne, Alfonsina Storni, afirmó en una serie de consideraciones "Alrededor de la muerte de Lugones" este pedido que ha guiado mi reseña:

"Por otra parte, el mejor homenaje que puede hacersele a un fuerte no es enterrar su tragedia con un ramo de bellas palabras, sino tratar de penetrarla, sin miedo a verdad alguna, y, de lo negativo, alzarse a lo positivo; quizás crear en el propio escritor de garra, y en su medio, una mayor conciencia de lo excepcional de su naturaleza y del alcance y trabazón de las ideas" (11).

El fracaso lugoniano — receptor ideal de un problema argentino muy amplio — puede darnos la mejor lección.

Catamarca, 1946.

Autores citados:

- (1) Jorge Luis Borges, Prólogo a: Borges, Ocampo, Bioy Casares, *Antología poética argentina*, Buenos Aires, 1941.
- (2) Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*, Buenos Aires, 1911.
- (3) Eduardo Mallea, *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires, 1938.
- (4) Juan Ramón Jiménez, *Repertorio americano*, San José de Costa Rica, 1936.
- (5) Enrique Díez-Canedo, *Letras de América*, México, 1944.
- (6) Eduardo Mallea, *El sayal y la púrpura*, Buenos Aires, 1941.
- (7) Jorge Luis Borges, *Lugones*, "Nosotros", III, 26-28.
- (8) Mario Bravo, *Leopoldo Lugones en el movimiento socialista*, "Nosotros", III, 26-28.
- (9) Leopoldo Lugones, *Historia de Sarmiento*.
- (10) José Gaos, *El pensamiento hispanoamericano*, México, s. a.
- (11) Alfonsina Storni, *Alrededor de la muerte de Lugones*, "Nosotros", III, 26-28.

Los Libros

SIGLOS, ESCUELAS, AUTORES, *por Roberto F. Giusti, Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946.*

En la Biblioteca de Ensayistas de Editorial Problemas, dirigida por Héctor P. Agosti, ha reunido Giusti una serie de ensayos aparecidos últimamente en diversas publicaciones.

La colección se inicia con un "Panorama del siglo XIX", en donde Giusti muestra los caracteres más salientes de su estilo crítico. Está aquí la calidad honradamente personal de Giusti, para quien la cultura se integra en una sola realidad con la condición humana; está también ese sentido de polémica viva, hecha de conocimiento profundo, que caracterizó toda una serie de sus ensayos con el título general de "crítica y polémica" (cuatro series: 1917, 1924, 1927 y 1930), mientras que en 1939 coleccionaba sus estudios con el título general de "literatura y vida", que hubiera podido aparecer como subtítulo de las colecciones anteriores. El esquema básico de toda la crítica de Giusti se desarrolla entre estos cuatro términos — crítica y polémica, literatura y vida — no contradictorios, ni excluyentes.

Su amplia curiosidad, tan característica por otra parte de nuestra crítica mejor (Borges, Mallea, Martínez Estrada, Victoria Ocampo, Battistessa), hace que en sus ensayos raramente aparezca la cita textual, la anotación a pie de página, todo el aparato erudito que recarga con falso aire profesoral a tantos ensayistas argentinos. Giusti, por el contrario, con fervor de lecturas intensas, ha asimilado y tiene en ágil disponibilidad los temas que comenta, analiza o discute: de ahí su capacidad de síntesis crítica. Ejemplos en este volumen: el panorama sobre el siglo XIX, los siguientes sobre "la novela francesa realista y naturalista", "la novela realista española del siglo XIX", "la poesía medieval castellana", y, entre los estudios sobre "literatura y vida de América", el dedicado a "la literatura argentina contemporánea" (hecho casi sin nombres) y "una generación juvenil de hace cuarenta años". En los panoramas sobre la novela francesa o la española va estudiando — caracteres biográficos, cultura, ideas sobre el arte, características de estilo, diferencias con la tradición general y la tradición de escuela y aportes a la misma — una serie de autores, leídos con compenetración y detenimiento, no con el interés inmediato de un estudio conmemorativo o de encargo.

Cada autor es interpretado en su realidad individual y en su realidad de época: "El es como es. No debiera haber otro criterio estético ante

las obras que cumplen armoniosa y satisfactoriamente sus fines" (página 204), escribe de Anatole France, y esta comprensión personal y sincrónica se revela admirablemente en estudios como los dedicados a Eugenio Cambaceres y a Ricardo Gutiérrez. A pesar de ello no olvida Giusti su actualidad vital y crítica; en el estudio titulado sintomáticamente: "La poesía medieval española y nosotros", afirma: "Mi juicio, muy templado, es la expresión del gusto medio de un hombre que no puede olvidar haber nacido en el siglo XIX, y además estará influído sin duda por la asidua frecuentación de los escritores medievales, de la cual ha nacido por fuerza una simpatía que no se razona" (pág. 100): lo mismo podría haber escrito de todos sus ensayos, no sólo de los contenidos en este volumen.

A pesar de que los casos en que vida y obra son ambas admirables, y la primera imprescindible para la comprensión crítica, como en Sarmiento, Martí y Gutiérrez, son los preferidos por Giusti, cree éste que el crítico no debe detenerse en la investigación morbosa de lo biográfico, y, a propósito de José Asunción Silva, anota: "Prefiero leer a través de la obra, en el corazón atormentado que se hurtaba a la auscultación de los más íntimos, y observar qué ritmo y vibración emocional dieron al verso los latidos de ese corazón" (págs. 372-3). Y con respecto a Sarmiento, concluye: "A estos hombres no basta admirarlos; hay que procurar imitarlos, combatiendo las batallas del propio tiempo" (pág. 295); con su deseo constante de destacar la actualidad vigente de los espíritus mejores. Dentro de la literatura estudia con preferencia los autores de mayor esfuerzo individual o de mayor imaginación nacional, "los rabadomantes del espíritu nacional", para utilizar una designación de Luis Emilio Soto, que Giusti celebra.

Giusti es un crítico militante, diariamente alerta a las realidades de la cultura, por lo tanto crítico amplio, curioso de lo nacional y de lo europeo y conecedor consecuente de los clásicos. Su militancia se manifiesta en diversos aspectos, a veces didácticos, pero siempre encauzados por un hondo sentido liberal y democrático; de ahí su admiración por el siglo XIX que elaboró esos conceptos, por Jovellanos, por Cervantes, por Anatole France, por Sarmiento, por Martí, en disparidad de nombres y actitudes, pero unidos en el convencimiento de que "El Espíritu (así con la mayúscula destacadora de Giusti) jamás triunfará sobre la tierra en un ambiente de esclavitud y miedo" (pág. 41), y justificando su fe en Sarmiento: "Tener fe en Sarmiento es tenerla en la democracia y en las instituciones republicanas sustentadas en la educación y voluntad populares" (pág. 294).

En su conciencia de las responsabilidades de la cultura, al escribir en 1942 sobre "ciertos estratos superiores de la generación que pisaba el nuevo siglo al salir de la adolescencia", se preguntaba Giusti:

"¿Habrán fracasado irremediablemente los ideales de mi generación? En verdad, ¿qué proyectos, qué ilusiones, qué esperanzas no han fracasado en la terrible catástrofe histórica en que rodamos entre escombros materiales y morales hacia no sé cuáles vertiginosos abismos? ¿Qué filosofía

se salvará mañana si no es la del *homo homini lupus* en la selva humana estremecida por el alarido de los más violentos?" (pág. 343).

Igual que a Alejandro Korn en su vejez, preocupan a Giusti los fraudes con que el siglo XX parece engañarse a sí mismo. Este libro en comentario puede resumir la actitud consecuente de Giusti: entre la actividad demoleadora, a veces simplemente ruidosa de la primera hora, ya Giusti fué uno de los más empeñosos en afirmar, en la desmesurada carrera nacional de civilización sobre cultura, la preeminencia incuestionable del espíritu; destacó este problema en varios aspectos de su actividad, pero primordialmente en el conocimiento de la cultura y la historia nacionales, libradas de todo falso nacionalismo y de toda limitación dogmática o hedonista, ha elaborado por consiguiente su concepto de la evolución nacional dentro de un esquema muy particular de la cultura. Nada mejor pues que *Siglos, escuelas, autores* para iniciar una colección que "aspira a recoger las experiencias del pensamiento aplicado a los problemas de la cultura".

Juan Carlos Ghiano.

Niñez EN CATAMARCA, por Gustavo G. Levene (con un prólogo de Roberto F. Giusti), Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946.

Con estas memorias infantiles, "género literario tentador, pero lleno de riesgos", como dice Giusti en el Prólogo, se inicia la colección "Los narradores argentinos", de Editorial Problemas, que tiene por objeto "traer a la presencia del público una nueva generación de narradores que no había encontrado hasta ahora vehículo para su inquietud ni estímulo para su labor".

Niñez en Catamarca inicia airoosamente la colección. En el prólogo citado, Giusti recuerda algunos ejemplos argentinos de memorias infantiles: Sarmiento, Mansilla, Wilde, Cané, Andrade, Obligado, González, Echagüe, Fernández Moreno, Capdevila y Norah Lange. Entre las memorias infantiles aparecidas últimamente — desde las demasiado literarias de Fernández Moreno, *Patria desconocida*, hasta la sencillez humana y poética de Norah Lange, *Cuadernos de infancia* y Vicente Barbieri, *El río distante* — *Niñez en Catamarca* ocupa un puesto singularmente original, mucho más cerca de Cané y de Wilde, que de las obras últimamente publicadas.

Con respecto al contenido de su libro declara Levene: "He preferido los (recuerdos) de temática picaresca, aunque sé, con la simple sabiduría de cualquier caminante, que la infancia, como todas las edades, presenta también otros panoramas" (pág. 8). Dentro de la peligrosa facilidad de la temática, la actitud de Levene se caracteriza por un tono general humorístico-crítico: el recuerdo infantil, pero también el comentario, la corrección o la generalización del adulto. Este procedimiento quita espontaneidad a la andadura narrativa, pero lo interesante del relato es el desenfadado adulto que nos hace creer, y a veces lo logra plenamente, que su explicación o justificación actual no es sino una prolongación de la aventura infantil. Abundan los ejemplos de este tipo de intuiciones:

"Después de haber visto a un camarero atender durante un viaje de mil doscientos kilómetros a una familia compuesta de una madre, varias criaturas y dos criadas provincianas; después de haber visto eso, creo que Dios pudo, en efecto, hacer el mundo en siete días, si provisoriamente eligió un camarero de tren como ayudante" (pág. 23).

Es el procedimiento general de crítica de las costumbres provincianas, vistas muy desde su actual sincronía: de las numerosas visitas familiares que le impedían las excursiones por la quinta de la abuela, dice: "Y por unos días, el único árbol al que trepé de continuo fué el de más espontáneo y hondo arraigo en mi provincia: el árbol genealógico" (pág. 30).

Levene, narrador novel, se nos presenta rico de imágenes, suyas, que no rehuyen el pequeñísimo dato de observación real, sino que se apoyan constantemente en él; las imágenes están dentro del tono fundamentalmente comunicativo del libro, con abundancia de interrogaciones y construcciones aclaratorias: "Uno de esos ciempiés de color marrón con que mis mapas infantiles representan las montañas" (pág. 21); "Resignados, con una rabia que masticaba silencios, desensillamos a Pangaré, convencidos de que era un tobogán disfrazado de petiso" (pág. 110-1); para indicar el paso del tiempo anota: "Los nidos inviolados del palomar vieron nacer todos los posibles pichones; los duraznos, sin detenerse en su etapa de pintones, llegaron a la madurez; y el cerdo pudo, holgazanamente, transformarse en jamón" (pág. 58).

Con *Niñez en Catamarca* se incorpora una nueva zona sentimental y geográfica a la literatura costumbrista argentina; Gustavo G. Levene es un narrador directo, sin hondos problemas expresivos: la frescura es su mejor defensa.

Juan Carlos Ghiano.

"EL PENSAMIENTO VIVO DE FRAY FRANCISCO DE VITORIA",
por Angel Ossorio, Editorial Losada S. A., Buenos Aires.

En el estudio preliminar a las *Relecciones* más conocidas del Padre Vitoria, Angel Ossorio nos trae una información somera, pero erudita, acerca de la personalidad del insigne dominico. Hay en esas páginas una manifestación de bien nacida admiración y de respeto para con la persona y la obra del creador del derecho internacional público. Angel Ossorio no ha escrito una semblanza biográfica de Vitoria; ha hecho, simplemente y como correspondía, un estudio. Lo ha producido con acierto. Brilla en todo momento un profundo conocimiento del estudiado, como igualmente una serenidad de juicio que no ha tenido el autor en otras oportunidades.

Una de las partes que más atrae de la labor de quien presenta a Vitoria en toda su grandeza es la que se refiere a aquella discusión tan célebre del siglo XVI, que ha denominado con tino "el pleito de Erasmo". Cuando la generalidad de los comentaristas sostienen el divorcio en las ideas de Erasmo y de Vitoria, Ossorio habla de una comunión de las mismas. Así, sostiene el publicista español que el dominico y el inmortal filósofo de

Rotterdam se hallaron hermanados por un sentimiento que nació de Vitoria. Había puntos de contacto, sostiene, en el orden superior: la cultura y la paz. Bien conocemos la devoción de Erasmo por la cultura. Magnífico ejemplo de vida consagrada al cultivo de la ciencia, y más que de ésta, del saber, por ser el saber más amplio y más integral. Vitoria era también un cultor abnegado del saber, y era, al igual que el holandés, un imperturbable amante de la paz. Sus *relecciones*, que lo señalan como precursor del derecho de gentes — ganándole en tiempo a Hugo Grocio y asignándose la gloria que a éste se le había diferido —, así lo revelan. No podía, por tanto, hablarse de divorcio de ideas, cuando la comunidad resultaba evidente.

Resulta muy grato destacar la sinceridad con que Ossorio y Gallardo se propuso y escribió este libro. Así, al hablar de los españoles del tiempo de la conquista, asegura que matar, invadir, depredar, violar, era la ocupación predilecta de los mismos. En todo esto hay una manifestación de sinceridad, o el deseo de lograrla, de tal naturaleza que llega a la exageración y a la inverosimilitud. Por cierto que no pueden ser tomadas y creídas a pies juntillas las expresiones transcriptas. Pero es encomiable ese deseo de librarse de todo aparato, de despojarse de una de las más grandes glorias de la política española, cual fué la conquista, para entrar humilde y como avergonzado a examinarlas. Su juicio, es más de un americano de la primera mitad del siglo XIX que de un español de nuestros días. Y esto lo hace para obtener contraste entre el ambiente y la acción del Padre Vitoria. Le da ocasión de lograr un marco adecuado para ensalzar la valentía del fraile que se levanta contra el imperialismo español.

Conceptuamos que Ossorio y Gallardo ha encontrado una frase feliz al declarar que el eximio dominico es un filósofo del derecho y un maestro de teólogos. Aquí se logra una síntesis de expresión y de concepto que se hace un deber destacar. Quien la recuerde, y recuerde asimismo el siglo de Vitoria, podrá sin mayor esfuerzo, situar la figura de éste en la época, en la sociedad de entonces, en las ideas que dominaban. Podrá en fin, deducir, intuir, hablar de Vitoria, con toda probabilidad de ser veraz.

Cuando Ossorio llega a la afirmación de que se da a conocer realmente el "pensamiento vivo" de Vitoria, no hace sino obtener una conclusión sensata y por tanto, en todo adecuada. Recuérdese simplemente que el dominico no dió a imprenta sus trabajos y se tendrá la pauta del valer de los manuscritos, si no de su puño, de su inspiración.

En estos últimos tiempos, con motivo del cuarto centenario, han circulado algunas ediciones de las célebres "Relecciones". Conviene leer — y el libro "El pensamiento vivo de fray Francisco de Vitoria" la trae en parte — la titulada "De Potestate Civili". Allí se habla de la Sociedad de las Naciones, o comunidad de las mismas y de los derechos de las minorías, tan debatidos en nuestra hora. Ossorio considera a Vitoria como un precursor de la libertad de propaganda y de conciencia.

Refiriéndose a la guerra sostiene el bien intencionado fraile que existe una sola causa justa, cual es la ofensa recibida. Desde el momento en que los súbditos tengan conciencia de la injusticia de la guerra, no es lícito

proseguirla, tanto si están en lo cierto, como si se equivocan. Sigue aquí el pensamiento de San Pablo, volcado en una de sus Epístolas. Y hace una afirmación que nadie ha osado llevar a la práctica en el tiempo que lleva de existencia el mundo. Decididamente, cuando el individuo sea considerado en tan alto valor frente al Estado, se podrá intentar tamaña autonomía.

Al asumir el papel de crítico de la obra Vitoriana, censura Ossorio su ingenuidad y su sectarismo. Es ingenuo porque descarga el oficio de juez en el Príncipe, dándose oportunidad de encontrar reunidas las funciones de juez y de parte. Y es sectario, sostiene, en cuanto alienta la lucha contra los sarracenos. Por nuestra parte, al hallar circunstancia propicia con lo expuesto, diremos que también Ossorio es en cierto modo sectario. Es un político sectario y lleva a todas sus obras desde la expatriación la idea doméstica política, propia, en la mayoría de las veces sin que venga al caso. Con ello quita valor a sus escritos, al limitarles prolongación en el tiempo. De aquí algunos años, algún tiempo, la oportunidad desaparecerá y el valor de su libro se reducirá a lo que tiene de general y de trascendente, mas no en ese aspecto personal y limitado.

Así como considera a Vitoria fundador del derecho más habido y menos cumplido en nuestro tiempo, el internacional, le halla, por otra parte, antecesor en su política americana. Es éste otro fraile, Bartolomé de las Casas, inmortal por su defensa de los indios, antecedente inmediato de "De Indis". También es precedente la Junta de teólogos y juristas que buscó Fernando el Católico para ser aconsejado en política indiana.

Por fin, fué Vitoria un gran maestro, sostenemos con Ossorio. Enseñó a más de cuarenta esclarecidos filósofos. Esto es importante destacar, muy particularmente de parte nuestra, ya que la Universidad de Córdoba, cuando era única en el Virreinato, adoptó para la enseñanza textos de algunos de sus eminentes discípulos.

Aldo Armando Cocca.

ENSAYOS CRITICOS SOBRE FILOSOFOS ALEMANES, por Rodolfo Mondolfo, Ediciones Imán, Buenos Aires, 1946.

Con motivo de cumplirse en estos tres últimos años los centenarios de notables filósofos germanos, nos presenta Rodolfo Mondolfo algunos ensayos desde puntos de vista poco divulgados. De esta guisa pudo enfocar al filósofo Herder, ese espíritu de la contradicción, tan humanista como romántico; Fichte, el gran reformador del kantismo y de la educación; Leibnitz, y sus influencias en la filosofía moderna, y Nietzsche, con la teoría del determinismo y el voluntarismo.

En dos partes ha distribuido el autor las influencias del pensamiento filosófico alemán, concentrando en la segunda la formación de aquel pensamiento en el siglo XIX. En una medulosa introducción, desarrolla sus ideas de verdadero sentido profético y humanista. Fué en los postreros meses de 1917 — comienzos del ocaso de la primera guerra mundial —, en Bolonia, donde escribió algunas de las páginas que integran esta obra.

En ella está explicado lo fundamental de su teoría encaminada a mostrar que toda pretensión de dominación mundial conduce, fatalmente, a una destrucción de la libertad. Sosteniendo, además, la "superioridad moral (ideal o real) de las exigencias y reivindicaciones universales de libertad de las naciones sobre las pretensiones de dominio exclusivo y prepotente de una nación sobre las otras. Imponer nuestro dominio sobre los demás, sólo se conseguirá mientras la buena fortuna favorezca, pero en cuanto ésta sea adversa, pronto se fracasará." Trae, luego, una frase de Mazzini sobre el triunfo de la violencia. Y en punto a lo efímero de la fuerza bruta sobre la moral, comenta las perniciosas enseñanzas del nazismo.

M. César Soriano.

EL FERROCARRIL EN LA ECONOMIA ARGENTINA, *por el Ingeniero Ricardo M. Ortiz, Editorial Problemas, Buenos Aires.*

Hecho el comentario a este libro cuando ya se veía la punta al ovillo ferrocarrilero, se acentúa el valor de actualidad y los méritos de una obra informada por el conocimiento de los problemas tratados y una capacitación técnica que adviene de la especialización universitaria del autor y de su larga experiencia en la administración nacional.

Después de su lectura no se resiste al deseo de observar que, salvo honrosas excepciones debidas a la generación joven, es una paradoja que las obras que en el país tratan de sus problemas económicos con un sentido progresista provengan de otras especializaciones universitarias que de la que más corresponde por derecho y obligación: ciencias económicas.

Libro que no deja de ser un trabajo metodizado, tiene el soplo de una obra más que hecha, vivida en la lucha diaria de su autor por el progreso económico argentino. Asume, así, las proporciones de un verdadero alegato contra el proceso de concentración técnica, económica, social y política que ha limitado el país a las proporciones de un mero productor de materias primas para el emporio industrial y financiero que construyó los ferrocarriles para servir sus necesidades y, lógicamente, es en mayor grado un alegato contra los gobiernos que toleraron esa orientación, malogrando los anhelos de la primera hora, cuando "la presuntuosa inscripción que llevaba en sus flancos "La Porteña"... "Voy a Chile", tenía los caracteres de un símbolo". Y es así como la fisonomía de la red ferroviaria quedó definitivamente encerrada dentro de la curva de una precipitación pluvial anual mínima de 500 mm., dentro de cuya área los costos comparativos del mercado internacional permitían el cultivo de los granos argentinos con miras a su concurrencia a los mercados europeos. Es el diema de hierro del principio heurístico del librecambismo, que vuelve a ser tan caro a los grandes centros industriales y financieros internacionales. Por eso no creemos, como el autor, que el argentino aceptase un tipo de civilización propio de holgazanes, sino que fué víctima del determinismo de los costos y actuó como *homo economicus* (pág. 26) en un régimen liberal.

Destaca el ingeniero Ortiz la pesada gravitación del ferrocarril en la vida nacional, señalando su función económica, inicialmente revolucionaria y después, a medida que se perfecciona el proceso de monopolización, se fué haciendo factor de estancamiento para llegar a ser una "fuerza retardataria en el empeño de atar el país a formas de producción agropecuarias". Señala y desmenuza cada uno de los problemas que surgen a raíz de tal gravitación, indicando el camino más adecuado a los intereses nacionales. Por ello es realmente penoso comprobar que en los acuerdos firmados con el grupo ferroviario británico no se han consultado tales intereses, ni en lo que a valuación se refiere, ni en cuanto a forma de futura explotación.

Es un libro de suma utilidad para orientarse en la grave cuestión de que trata, fija una posición y señala un rumbo claro en el sentido de la verdadera emancipación económica argentina.

Homero B. de Magallanes.

LA PERSONALIDAD NEUROTICA DE NUESTRO TIEMPO, *por Karen Horney, (traducción de Ludovico Rosenthal) - Editorial Paidós, Buenos Aires, 1945.*

Las "ideas a la moda" se propagan como la mala yerba en el campo de la medicina. Cuando un descubrimiento científico de valor alcanza tal categoría, suele servir de asidero para explicar la patogenia de todos los cuadros clínicos indefinidos, hasta que su misma vulgarización termina por malograr cuanto pudo haber en él de verdadero. Esto ocurrió en grado extremo con la psicología abisal de Freud; sus conclusiones se apoderaron con tal furor de los espíritus que pronto su fama trascendió los ambientes científicos y fué tal su popularidad que hasta llegó a ser de buen tono tener complejos o ponerse en manos del psicoanalista. A esta situación contribuyó en no escasa medida la unilateralidad de las ideas freudianas y su falta de rigor científico al admitir generalizaciones injustificadas.

Por estos motivos se lee con satisfacción el libro de Karen Horney, que supera los inconvenientes anotados, entrañando al mismo tiempo un ajuste de las grandes concepciones del maestro vienés con la ciencia y la filosofía contemporáneas. En realidad la posición de Freud, contemplada con ojos actuales, se nos presenta en cierto modo como una paradoja: él, que tuvo la intuición genial y puramente psicológica de valorizar lo subconciente hasta sus últimas derivaciones, no pudo escapar a un biologismo estrecho, hijo dilecto del positivismo de fin de siglo. Más aún; dentro de lo biológico, la esfera sexual adquiere tal preeminencia en su sistema, que la *libido*, ese preconcepto oscuro y mágico, sirve para explicar las más afiligranadas mutaciones de la vida psíquica. Estos defectos, como decimos, son superados en el libro de Karen Horney, aprovechando los nuevos módulos del pensar, tanto en el terreno psicológico como en el filosófico. En el primer aspecto, el problema de la neurosis es encarado con los métodos más comprensivos

de una psicología cualitativa y estructuralista; en el segundo se valorizan en su justa medida los factores históricos y culturales a tal punto que no se pretende una caracterización sustancialista y definitiva de la personalidad neurótica, sino sólo la interpretación de sus modalidades en nuestra época y en nuestra cultura.

Mejor que por factores biológicos, el proceso de la neurosis se comprende en el perpetuo fluir de la vida psíquica. Su núcleo dinámico está constituido por la angustia básica del neurótico. A partir de ella se producen innumerables y complejísimas reacciones psíquicas que orientan la vida mental por caminos anormales, de los cuales es muy difícil salir, ya que los fracasos prácticos derivados de estas actitudes repercuten sobre el sujeto para aumentar la angustia que les dió origen. Este círculo vicioso, que tipifica el dinamismo psíquico de la neurosis, es descrito por Horney de la siguiente manera: "angustia; exagerada necesidad de cariño, incluyendo demandas de amor incondicional y exclusivo; sentimiento de ser despreciado si tales demandas no se cumplen; reacción de hostilidad intensa frente al rechazo; necesidad de reprimir la hostilidad ante el temor de perder el afecto; tensión debida a la rabia difusa; angustia exacerbada; necesidad aumentada de recuperar la seguridad,... y así sucesivamente. De este modo, los propios medios utilizados para escudarse de la angustia crean, a su vez, nueva angustia y nueva hostilidad".

Tal cuadro es sólo un ejemplo de las variadísimas formas clínicas que puede tomar este proceso patológico; a lo largo del libro figuran innumerables bocetos descriptivos, que nos dan una idea acabada de la real complejidad del mismo. Por ello resulta inadmisibile y hasta arbitrario aceptar, para esta multiplicidad de formas, como única, la etiología sexual con su principio explicativo de la libido insatisfecha. Sólo a partir de premisas indemostrables puede Freud mantener su punto de vista; por ejemplo, postulando que sentimientos de diversa índole como el deseo de recibir consejos, el afán de apoyo o la ternura, son la expresión sublimada de los impulsos sexuales, lo cual no puede demostrarse ni aproximadamente.

Sin duda la sexualidad puede estar en la base de algunas neurosis, pero admitir que constituya el núcleo dinámico de todas ellas, significa desconocer importantísimos factores de otra índole.

En primer término, no se puede dejar de lado el punto de vista histórico. Es imposible comprender una neurosis si no se la ubica en una cultura y una época determinadas, ya que la conducta neurótica es una manera de actuar anormal, en contra de los cánones corrientes y éstos son variables para las diferentes culturas. Muy por el contrario, el ahondamiento en la realidad social nos facilita la comprensión de la génesis del proceso y de sus modalidades peculiares. De allí que podamos hablar de una "personalidad neurótica de nuestro tiempo". Lo verdaderamente importante en el cuadro patológico es la deformación de la personalidad; los síntomas clínicos de orden biológico son muy varia-

bles y aún pueden faltar. Por tanto pasan al primer plano los factores de orden cultural.

“Ciertas dificultades típicas de nuestra cultura —dice Horney— se reflejan a modo de conflictos psíquicos en la vida de todo individuo y, al acumularse, pueden conducir a la formación de neurosis”. El problema central para futuras investigaciones ha de ser desentrañar de la abigarrada complejidad social, esas condiciones genéticas, para nuestro tiempo. Entre tanto, en el libro, se señalan algunos aspectos.

El afán de poderío, fama y posesión son rasgos típicos de nuestra sociedad individualista; la manera de obtenerlos difiere con las distintas épocas. En la nuestra, todo intento de superación individual significa entrar en competencia con el prójimo. Así, este tipo de relación social se vuelve por demás frecuente; desde la esfera económica, donde tiene su origen, invade todos los aspectos de la vida, hasta los deportes, la estética o el amor. Progresar exige vencer, dejar a otros a lo largo del camino y el mero vivir demanda la constante vigilancia para no ser vencido. Créase así una tensión hostil entre los hombres, un vivir sobre ascuas, que engendra un clima psicológico excelente para la instalación de las neurosis. Se comprende muy bien como el fracaso en esta lucha perenne puede ir creando la desconfianza del propio valer, la disminución de la autoestima y este fenómeno a su vez, producir la angustia que señalamos en la base del proceso. Karen Horney no se detiene en el análisis de los innumerables factores culturales que podrían obrar de idéntica manera, pero a través de este ejemplo, y dada la extraordinaria complejidad de la vida moderna, entrevemos que su gama ha de ser muy variada. Se concluye que nuestra cultura, sin que esto signifique establecer comparaciones con otras, es en alto grado engendradora de neurosis.

Finalmente, apunta en el trabajo que comentamos, el reverso de la cuestión antepuesta, vale decir la repercusión social de la conducta neurótica, cuya importancia no se puede desconocer una vez admitido lo anterior. Por ejemplo, una de las formas de defenderse de la angustia es la huída a ciertos tipos de actividad que la exacerban, de tal manera que numerosas personas no rinden ni aproximadamente en la medida que serían capaces, en el medio social que actúan. Pero, como decimos, estas conclusiones, sólo apuntan en el libro, pues la misma autora señala esa problemática como campo virgen para investigación futura de antropólogos, psiquiatras y sociólogos.

En suma, si tuviéramos que resumir en pocas palabras la impresión que este libro nos ha dejado, diríamos que significa la superación del positivismo en el terreno del psicoanálisis, que su mejor acierto es la comprensión de la neurosis en función de los factores culturales y que su valor más auténtico no es el de haber conseguido conclusiones acabadas, sino en la demarcación precisa de un camino abierto a riquísimas posibilidades.

La cuidada traducción es obra de Ludovico Rosenthal.

Jorge Galíndez.

NUESTRA BIBLIOTECA

Han ingresado en la Biblioteca del Colegio Libre, en los meses de Enero y Febrero los siguientes libros:

AMERICA, de Stephan Vincent Benét - New York (Toronto), 1944. Edit. Farrar Tinehart, Inc. 122 págs. (Donado por la Embajada de Estados Unidos de América).

OUR NATIONS CAPITAL, a portrait in pictures by mary Eleanor Browning - New York, 1944. Edit. Hastings House. (Donado por la Emb. de Estados Unidos).

MANUAL TECNICO DE ATLETISMO, de Federico G. Dickens - Buenos Aires, 1946. Edit. Bell - 239 págs. (Donado por la Emb. de Estados Unidos).

EL REY DEL SALON OSCURO, de Rabindranath Tagore - Buenos Aires, 1946. Edit. Losada - 120 págs.

MUSICA Y MUSICOS CONTEMPORANEOS, de Aaron Copland - Buenos Aires, 1945. Edit. Losada - 269 págs. Encuadernado. (Donado por la Emb. de Estados Unidos de América).

O'HIGGINS, Vida y Tiempo, de Eugenio Orrego Vicuña - Buenos Aires, 1946. Edit. Losada - 486 páginas.

SOCIOLOGIA ARGENTINA, de José Ingenieros - Buenos Aires, 1946. Edit. Losada - 475 págs.

PRINCIPIOS DE PSICOLOGIA, de José Ingenieros - Buenos Aires, 1946. 413 páginas. Edit. Losada.

FILOSOFIA DE LA EDUCACION, de W. H. Kilpatrick, F. S. Breed, H. H. Horne y M. J. Adler - Buenos Aires, 1946. Edit. Losada - 303 páginas. (Donado por la Emb. de los Estados Unidos).

PAGINAS ESCOGIDAS, por León Bloy - Buenos Aires, 1946. Edit. Losada - 260 páginas.

LEIBNIZ y el Problema Religioso, por Vicente Fatone - Buenos Aires, 1946 - Edit. Cles. Folleto de 22 páginas.

SIGLOS, ESCUELAS, AUTORES, por Roberto F. Giusti. Editorial Problemas, Buenos Aires, 1946.

Información General

LOS ESTUDIOS FILOSOFICOS EN LA ARGENTINA EN EL ULTIMO DECENIO.

En este último decenio se ha podido observar en la Argentina un gran progreso en los estudios filosóficos que, no obstante los meritorios esfuerzos y los importantes resultados obtenidos, no han conseguido todavía liberarse por completo del carácter que les es propio en toda América latina: el de no ser la expresión de un pensamiento original, sino la adaptación, el reflejo y a menudo la imitación de concepciones y doctrinas venidas de fuera, las más veces de Europa.

No es difícil indicar los signos externos que confirman este progreso: el gran número de obras filosóficas aparecidas en este período y especialmente la labor cumplida por la "Biblioteca Filosófica" dirigida por Francisco Romero que, en muy pocos años, ha publicado en la Editorial Losada, de Buenos Aires, más de cincuenta volúmenes, entre traducciones y escritos originales; el lugar importante que ocupan los artículos de filosofía en las revistas y hasta en los suplementos de los grandes diarios; el surgir de varios centros de estudios filosóficos y, sobremanera, la creación de las facultades de Filosofía y Letras en la Universidad de Tucumán, en 1937, de Córdoba, en 1938 y de Cuyo (Mendoza), en 1939.

Este incremento de obras y de estudios puede decirse que es la continuación y el reflejo del movimiento de reacción contra el positivismo, esto es, contra la dirección que ha ejercido una influencia profunda en la América Latina y que ha dominado en la Argentina hasta después de la guerra del 14. Este movimiento de reacción contra el positivismo y especialmente contra la obra de José Ingenieros que era su más autorizado y activo sostenedor, tuvo sus mayores representantes en Coriolano Alberini el cual, más de palabra que por escrito, hizo conocer las doctrinas de Bergson, Croce y Gentile, y sobre todo en Alejandro Korn que, habiéndose formado en la filosofía de Kant y de Schopenhauer, no sólo fué un maestro que ejerció una influencia decisiva en el pensamiento argentino de su tiempo, sino también un escritor claro y atrayente que dejó obras apreciables, entre ellas *La libertad creadora*, de 1922, reeditada por última vez con otros escritos en Buenos Aires, en 1944.

Siguiendo substancialmente la vía indicada por Korn y Alberini, los estudios filosóficos del último decenio se distinguen de los precedentes por el interés acentuado y a veces dominante, que se demuestra en ellos por la fenomenología, y por el existencialismo y por todas las otras más características expresiones de la reciente filosofía alemana. No es fácil determinar las razones del gran éxito que han tenido las concepciones de esta filosofía que parecería tan alejada del espíritu y de las tendencias de los pueblos latino-americanos. Tal vez, este éxito pueda ser explicado si se piensa en el instintivo interés que estos pueblos demuestran siempre por todo lo que se presenta como la última novedad alcanzada por Europa; tal vez, por lo que se refiere a la fenomenología se pueda también decir que este éxito es debido a la propensión al razonar abstracto que ha quedado como consecuencia de la educación escolástica dominante en la época de la Colonia; pero tal vez, más que cualquier otro motivo, debe reconocerse que la gran difusión y el vivo interés por la filosofía alemana contemporánea en toda la América Latina y particularmente en la Argentina, han sido determinadas por la influencia del pensamiento español.

Después de la guerra del 14 se formó en España un intenso movimiento de ideas renovadoras que tuvo su representante máximo en José Ortega y Gasset y su órgano principal en la Revista de Occidente que, con artículos y traducciones, hizo conocer el pensamiento de Spengler, de Husserl, de Scheler, de Spann y de muchos otros autores alemanes. Tal movimiento de ideas, que había sido seguido con interés y simpatía en la Argentina desde sus comienzos, dió un considerable impulso a los estudios filosóficos y al mismo tiempo contribuyó a difundir y reforzar la tendencia germanizante cuando, con la guerra civil española y la caída de la República, su mayores representantes, como Gaos, Xirau, García Bacca, Ayala, Recasens Siches, Medina Echavarría y muchos otros, perseguidos por la reacción, hallaron refugio en América desarrollando una obra eficacísima, como maestros, como escritores y como organizadores. Dió un buen ejemplo de esta actividad múltiple, en la Argentina, Manuel García Morente que presidió otrora la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. En 1937, organizó y dirigió la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán e impartió sus muy claras *Lecciones preliminares de filosofía* que, reunidas en volumen han alcanzado la tercera edición y constituyen, tal vez, uno de los libros más leídos y estudiados en este país.

En estrecho contacto con esta corriente de ideas venidas de España y siguiendo la enseñanza de Korn que, como dije, fué el maestro y el animador de la nueva generación, un buen número de estudiosos de filosofía de la Argentina se ha dedicado en los últimos años a trabajar en el pensamiento alemán contemporáneo. Francisco Romero ha desarrollado en este campo una obra intensa y meritoria de profesor, de organizador y de escritor. Ha tratado los problemas más complejos y atrayentes de la filosofía de la cultura, de la fenomenología, del existencialismo, en numerosos ensayos recogidos en los volúmenes, *Filosofía contemporánea*, Buenos Aires, 1941, y *Filosofía de la persona*, Buenos Aires, 1944, y ha dado muestra de una posición de pensamiento personal y constructivo en otros

ensayos "Programa de una filosofía" y "Trascendencia y valor", reunidos en el volumen *Papeles para una filosofía*, Buenos Aires, 1945. Formados en la escuela de Korn y de Romero, otros estudiosos más jóvenes se han ocupado con seriedad y agudeza de diversos temas de filosofía alemana. Eugenio Pucciarelli ha dedicado a Dilthey algunos escritos meritorios: *La psicología de Dilthey*, La Plata, 1938 e *Introducción a la filosofía de Dilthey*, Buenos Aires, 1944. Aníbal Sanchez Reulet se ha ocupado de Lask y de Spranger y también ha presentado una tentativa de construcción personal en el ensayo *Raíz y destino de la filosofía*, Tucumán, 1942. Emilio Estiú se ha ocupado de la obra de Nicolai Hartmann y de diversos temas de filosofía de la cultura. Independientemente de este grupo de estudiosos, Carlos Astrada, formado en Alemania, ha publicado algunos libros sobre la fenomenología y el existencialismo: *Idealismo fenomenológico y metafísica existencial*, Buenos Aires, 1936; *La ética formal y los valores*, La Plata, 1938; *El juego metafísico*, Buenos Aires, 1942.

Además de estos escritores de formación y tendencia germanizante, en el panorama de los estudios filosóficos argentinos, ocupan un puesto importante otros autores que han buscado su camino y orientación espiritual en direcciones filosóficas diversas. Entre éstos, es necesario recordar a: Angel Vassallo que, en los *Nuevos prolegómenos a la metafísica*, Buenos Aires, 1938, y en *Elogio de la vigilia*, Buenos Aires, 1939, ha tratado los problemas de nuestro origen y destino, de los límites de nuestra vida y de la exigencia de trascenderla inspirándose, en múltiples aspectos, en las concepciones de Bergson y especialmente en Blondel; Alberto Rougès que, en el libro *Las jerarquías del ser y la eternidad*, Tucumán, 1943, ha estudiado las notas características de la realidad física y del ser espiritual, elaborando una metafísica de carácter neoplatónico en la cual se fija la jerarquía de los seres según la eternidad; Miguel Virasoro que, conocido anteriormente por nosotros a través de un ensayo sobre *La lógica de Hegel*, cuya recensión apareciera en esta Revista (XXV, p. 186), ha expuesto una concepción de la metafísica de la libertad como fundamento de la existencia y del ser en un volumen titulado justamente, *La libertad, la existencia y el ser*, Buenos Aires, 1942.

No puede decirse que el neotomismo, y en general la filosofía católica, haya alcanzado en la Argentina aquel grado de desarrollo y de profundidad que podría suponerse cuando se piensa en la influencia siempre creciente que el clero y las organizaciones católicas ejercen en la vida política del país. Pero tal vez este hecho se deba a las tendencias e intereses predominantemente políticos que dominan el ánimo de los principales sostenedores de esta dirección filosófica. Maritain, que hizo algunos viajes a la Argentina, ejerció indudablemente una notable influencia sobre los espíritus cristianos. Los más destacados representantes del neotomismo son Tomás Casares, y los padres Octavio N. Derisi y Juan R. Sepich.

Por lo que respecta a la filosofía norteamericana, puede observarse que no ha logrado la difusión ni ejercido la influencia que podría imaginarse cuando se piensa que la Argentina en este período se ha mantenido casi aislada del mundo europeo y que los Estados Unidos, con amplitud de

medios, se han esforzado por establecer relaciones de carácter, no sólo económico y político, sino también cultural. El éxito escaso de estos esfuerzos es explicable por los vínculos estrechos y profundos que ligan a las repúblicas latinoamericanas en general y en especial a la Argentina con la cultura humanística europea, y también por un cierto espíritu nacionalista que ha surgido como espontánea defensa frente al extraordinario poder de expansión de la gran república del norte. Los filósofos norteamericanos más leídos y conocidos —aunque en traducciones— son James, Dewey y Santayana. Sobre este último, Raimundo Lida ha escrito un límpido ensayo *Belleza, arte y poesía en la estética de Santayana*, Tucumán, 1943. También se ha demostrado en los últimos tiempos un cierto interés por Whitehead. Alguna influencia del pensamiento norteamericano puede señalarse en los escritos de argentinos que han estudiado en los Estados Unidos, como, por ejemplo, en los de Risieri Frondizi que ha traducido a Whitehead y que, en su meritorio libro *El punto de partida del filosofar*, Buenos Aires, 1945, ha desarrollado una concepción del empirismo integral en la que sin embargo se revela todavía acentuadamente la influencia de la filosofía europea contemporánea. A propósito, es interesante observar que una gran parte del interés que los argentinos demuestran por el movimiento filosófico norteamericano se vuelve no tanto hacia el pensamiento autóctono, cuanto hacia el pensamiento europeo que se le ha transferido a consecuencia de las persecuciones raciales y políticas. Entre las obras filosóficas publicadas en los Estados Unidos, creo que han obtenido casi siempre mayor interés en la América Latina las de los pensadores europeos: Cassirer, Jaeger, Gurviht, etc. Se dice que "Philosophy and Phenomenological research", órgano de una dirección filosófica típicamente europea goza de igual notoriedad en la Argentina que en los Estados Unidos, donde se publica en la Universidad de Buffalo.

Cuanto se ha observado a propósito de los más señalados caracteres y de las distintas tendencias de la filosofía en general, puede repetirse en particular por lo que se refiere a los estudios filosóficos del derecho y de la sociedad: poco interés por el pensamiento norteamericano, difusión en superficie más que en profundidad del neotomismo, predominio evidente de las modernas concepciones alemanas. En los cursos oficiales de filosofía del derecho se sigue casi siempre la dirección neokantiana. Algunos autores han buscado superar la posición tradicional del neokantismo enlazándose a la fenomenología y al existencialismo. Entre éstos debe recordarse principalmente a Carlos Cossio que ha escrito numerosas obras de mérito entre ellas la *Teoría egológica del derecho*, Buenos Aires, 1944, y que ha organizado el Instituto y la Biblioteca de Filosofía Jurídica y Social en la que se han publicado muchas traducciones y diversos trabajos originales en la materia. Por lo que se refiere a la filosofía política y de la sociedad, ha de recordarse también al profesor español Francisco Ayala que, establecido en la Argentina después de la caída de la República, ha tratado en numerosas publicaciones los más apasionantes problemas sociales y políticos de la época contemporánea, y ha hecho conocer el pensamiento de muchos escritores alemanes, como Mannheim, Oppenheimer, Freyer y otros.

El pensamiento filosófico italiano aunque no ocupa quizá en la Argentina el puesto que debería corresponderle por la seriedad y la importancia de nuestros estudios, por la afinidad de nuestra lengua y por las estrechas relaciones de descendencia que vinculan con Italia a una buena parte de la población, es sin embargo indudablemente conocido y seguido con interés y simpatía. Como he dicho, en los primeros tiempos de la reacción antipositivista, cuando aún no prevalecían las concepciones filosóficas alemanas, el idealismo de Croce y Gentile tuvo estudiosos y entusiastas sostenedores. Durante años, las colecciones de obras filosóficas de nuestras mejores casas editoras: Bocca, Laterza, Vallecchi, etc., son conocidas y difundidas; particularmente son apreciadas las traducciones de los clásicos de la filosofía mucho más cuidadas y fieles que las españolas. En este último período, han aparecido, también en la Argentina, traducciones de muchas obras italianas: el *Manual de Historia de la Filosofía* de Fiorentino, *Los fundamentos de la filosofía del derecho* de Gentile, *La filosofía europea en el siglo XIX* de Rava, *El pragmatismo* de Spirito, *La idea individual y la idea social en el derecho privado*, de Solari. El Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Luis J. Guerrero, ha publicado la traducción de *De antiquissima italorum sapientia* y en ocasión del segundo centenario de la muerte de Vico y del nacimiento de Herder ha preparado un homenaje en tres volúmenes ya íntegramente compuestos pero, por múltiples razones, todavía no publicados. La casa editora Imán de Buenos Aires ha iniciado la publicación de las obras completas de Croce de las cuales han aparecido ya cuatro volúmenes muy bien presentados. El pensamiento político de Croce atrajo la atención de los argentinos en estos años últimos porque para muchos ha servido de ejemplo y de guía en la lucha contra las tendencias totalitarias que en 1943 se han adueñado del poder. Por razones análogas, también otras direcciones de la filosofía política italiana obtuvieron algún interés. Los socialistas, que ya conocían la obra de Labriola y de Mondolfo, por ejemplo, discutieron ampliamente *Socialismo liberal* y otros escritos de Carlos Rosselli de traducción reciente al español.

Después de 1938, contemporáneamente a los españoles han hallado refugio y sosiego en la Argentina numerosos intelectuales italianos que ejercieron una considerable influencia en la vida cultural y científica. Por lo que se refiere a la filosofía, ha de señalarse especialmente la obra desarrollada por Rodolfo Mondolfo que, como profesor en la Universidad de Córdoba, como escritor y como conferencista conocido y buscado en todos los centros culturales sudamericanos, ha dado un magnífico ejemplo de la profundidad, de la madurez y del rigor de nuestros estudios. Mondolfo no sólo ha cuidado la traducción de muchas de sus obras italianas que aparecieron ampliadas y a veces completamente refundidas como por ejemplo: *El materialismo histórico*, *El pensamiento antiguo*, *La filosofía política en Italia en el siglo XIX*, sino que también ha publicado numerosas obras nuevas como *Moralistas griegos*, Buenos Aires, 1941, *En los orígenes de la filosofía de la cultura*, Buenos Aires, 1941. En curso de publicación

tiene otras como *Tres filósofos del Renacimiento* y la edición, traducción y comentario de los fragmentos de Heráclito.

En este momento en que, por evidentes razones, debería atenuarse la influencia del pensamiento filosófico alemán y los espíritus continúan proyectándose hacia la cultura humanística europea mucho más que hacia la norteamericana, quizá los argentinos, tan parecidos a nosotros por carácter y tendencias, podrían hallar en las concepciones filosóficas italianas ideas y motivos que responden a su exigencias más sentidas y profundas. Para que esta correspondencia de pensamiento y de cultura se pueda establecer y desenvolver de un modo siempre más eficaz e intenso, sería útil y deseable que nuestras autoridades oficiales se dispusieran a favorecer y coordinar los esfuerzos individuales que en este período se han hecho sin su apoyo y a veces con su hostilidad más o menos manifiesta. Sería necesario, por lo menos, que se dieran cuenta que "la propaganda cultural — confiada al valor de las obras y de las personas — debe abstenerse de cualquier impronta de nacionalismo" que siempre provoca un sentido de diferencia y de legítima reacción. He puesto entre comillas las palabras que Mondolfo en nombre de una decena de profesores universitarios italianos residentes aquí, tuvo ocasión de escribir en una amplia nota sobre las relaciones culturales ítalo-argentinas recientemente presentada a la embajada de Buenos Aires, porque considero oportuno que éstas sean conocidas también en Italia.

RENATO TREVES

Tucumán, mayo de 1946...

(De la Revista de Filosofía, volumen XXXVII, 1946, fasc. 1-2, Vincenzo Ramella, Editore. Torino 1946).

Traducción de Norberto Rodríguez Bustamante.

LOS COLABORADORES DE ESTE NUMERO

LUIS REISSIG: Ver *Cursos y Conferencias*, año VII, volumen XIV, Nos. 7 - 8, octubre - noviembre de 1938.

RENATA DONGHI HALPERIN: Ver *Cursos y Conferencias*, año VII, volumen XIII, Nos. 5 - 6; agosto - setiembre de 1938.

JUAN CARLOS GHIANO: Ver *Cursos y Conferencias*, año XV, volumen XXX, Nos. 175 - 176, octubre - noviembre de 1946.

INDICE DEL VOLUMEN XXX DE CURSOS Y CONFERENCIAS

ARBO, HIGINIO: Política paraguaya	193
ARGUAS, MARGARITA: Homenaje a Lisandro de la Torre	171
— Presentación del doctor Higinio Arbo	276
BADANO, SARA: Comentario de <i>La enumeración caótica en la poesía moderna</i> , por Leo Spitzer	187
BORDERIA, HAYDEE: Comentario de <i>Adolescencia y cultura en Samoa</i> , por Margaret Mead	187
COCCA, ALDO ARMANDO: Comentario de <i>Mujeres</i> , por Angel Ossorio	184
— Comentario de <i>El pensamiento vivo de Fray Francisco de Vitoria</i> , por Angel Ossorio	364
CRUZ, WALTER OSVALDO: La investigación científica desde el punto de vista social	97
CRUZ VELEZ, DANILO: Sobre un libro de Francisco Romero	279
CHORNOGUBSKY, OSCAR: Comentario de <i>Tendencias actuales del estado</i> , por Alfonso Reyes Heróles	85
DELAPLANE, WALTER H.: La agricultura en la postguerra	43
— El problema de que haya empleo para todos	57
DONGHI HALPERIN, RENATA: Nuestra América y su vocero: José Martí	329
ENCINAS DEL PANDO, JOSE A.: La teoría de la sustancia en la filosofía de Leibniz	153
FATONE, VICENTE: Leibniz y el problema religioso	131
GALINDEZ, JORGE: Korn, filósofo de la libertad	31
GHIANO, JUAN CARLOS: Alejandro Korn, maestro	25
— Comentario de <i>Canciones contra mudanza</i> , de Daniel Devoto ..	179
— Comentario de <i>La mampara</i> , de Marta Brunet	181
— Algunos temas lugonianos	347
— Comentario de <i>Siglos, escuelas, autores</i> , de Roberto F. Giusti ..	361
— Comentario de <i>Niñez en Catamarca</i> , por Gustavo G. Levene ..	363
GIMENEZ BONET, ABELARDO B.: Comentario de <i>Educación para la vida nacional</i> , por Luis Reissig	81
LAJMANOVICH, SARA KURLAT DE: Una experiencia en la enseñanza del inglés básico	77
MAGALHAES, HOMERO B. DE: Comentario de <i>El Ferrocarril en la Economía Argentina</i> , por Ricardo M. Ortíz	367
MARQUEZ, ANGEL D.: Ideas pedagógicas de Alejandro Korn	37
— Comentario de <i>La personalidad neurótica de nuestro tiempo</i> , por Karen Horney	368

MOGLIA, RAUL: Estado actual de los estudios sobre <i>Facundo</i> , de Sarmiento	113
NOUSSAN LETTRY, LUIS E.: Freud, Bergson y el tema del ensueño	257
ORTIZ, EDUARDO L.: Comentario sobre <i>El secreto de los rayos</i> <i>cósmicos</i> , por Robert A. Millikan	183
PIEROLA, RAUL A.: Alejandro Korn y el pensamiento contem- poráneo	7
REISSIG, LUIS: Algunas observaciones de un viaje por América	285
RODRIGUEZ BUSTAMANTE, NORBERTO: Los apuntes filosóficos de Korn	1
ROMERO, FRANCISCO: Alejandro Korn	1
— Presentación del profesor Guido de Ruggiero	73
SORIANO, M. CESAR: Comentario de <i>Ensayos críticos sobre filóso- fos alemanes</i> , por Rodolfo Mondolfo	366
TREVES, RENATO: Los estudios filosóficos en la Argentina en el último decenio	372

